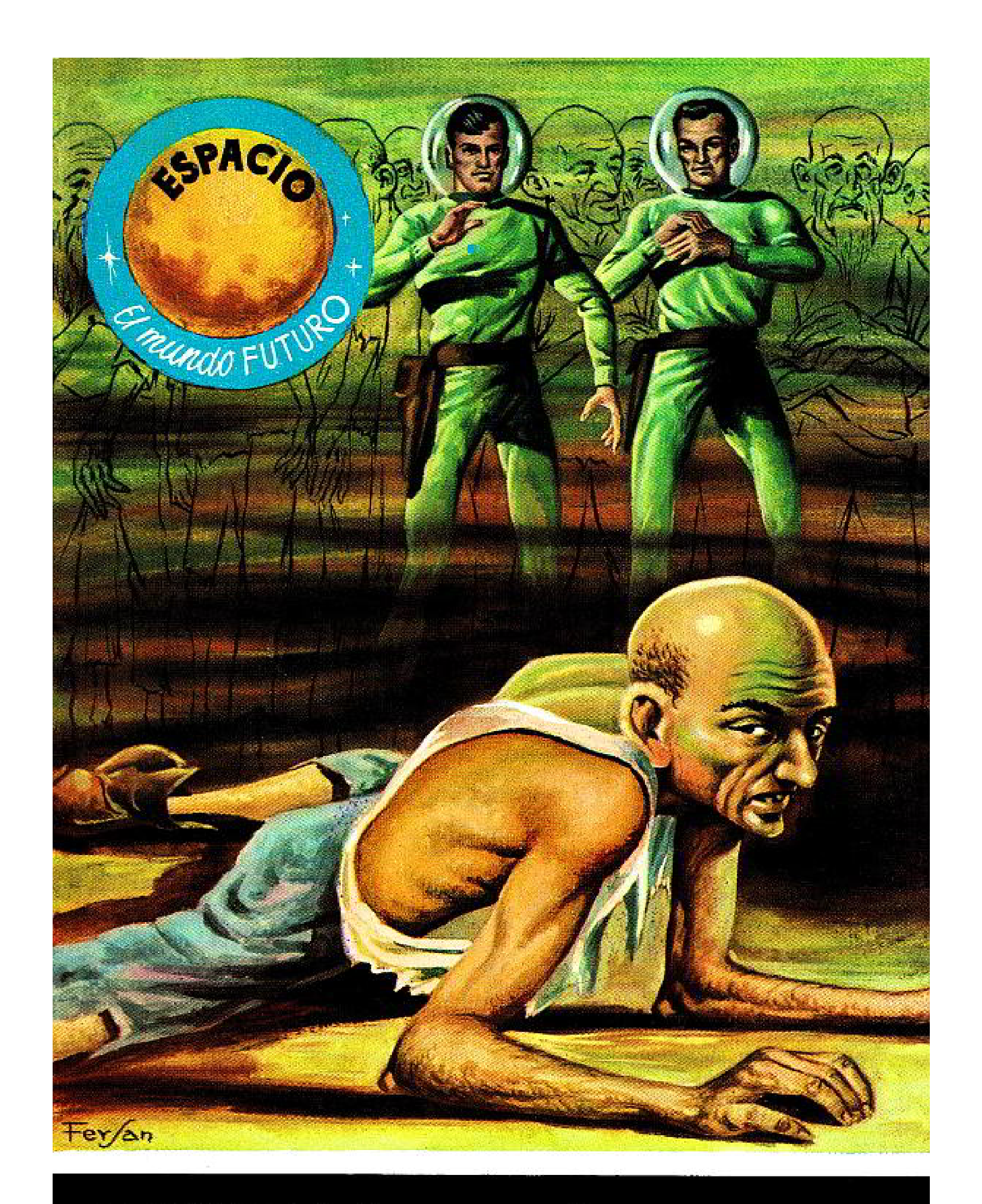


VIKINGO DEL COSMOS

CLARK CARRADOS

Con los ojos todavía cerrados, medio adormilado, la cabeza embotada por los vapores alcohólicos, Dag Kerus advirtió de repente que no se hallaba solo en la habitación tomada la noche anterior en el «Alfa y Beta», el más lujoso hotel de Djinka, la capital de Ardion, octavo planeta del sistema de Capella, la estrella alfa de la constelación del Auriga.

Dag era un tipo avezado a toda clase de emergencias y por ello fingió seguir adormilado, moviendo la boca en una perfecta imitación del gesto instintivo de hombre que se la nota espesa y pesada como consecuencia de los abusos del vino. Se revolvió en el lecho y luego se colocó boca abajo, al mismo tiempo que, estirando los brazos perezosamente, buscaba su pistola atómica debajo de la almohada.



Clark Carrados

Vikingo del Cosmos

Bolsilibros: Espacio - El Mundo Futuro - 111

ePub r1.0
LDS 25.11.18

Título original: *Vikingo del Cosmos*
Clark Carrados, 1958
Cubierta: Fersan
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2




VIKINGO
DEL COSMOS

CAPÍTULO PRIMERO


on los ojos todavía cerrados, medio adormilado, la cabeza embotada por los vapores alcohólicos, Dag Kerus advirtió de repente que no se hallaba solo en la habitación tomada la noche anterior en el «Alfa y Beta», el más lujoso hotel de Djinka, la capital de Ardion, octavo planeta del sistema de Capella, la estrella alfa de la constelación del Auriga.

Dag era un tipo avezado a toda clase de emergencias y por ello fingió seguir adormilado, moviendo la boca en una perfecta imitación del gesto instintivo de hombre que se la nota espesa y pesada como consecuencia de los abusos del vino. Se revolvió en el lecho y luego se colocó boca abajo, al mismo tiempo que, estirando los brazos perezosamente, buscaba su pistola atómica debajo de la almohada.

Por una décima de segundo su cuerpo adquirió la rigidez de una estatua al comprobar que no tenía la pistola allí donde debía estar. Después, volviendo a su papel, continuó agitándose hasta que, diez

segundos más tarde, se convenció definitivamente de que el arma había desaparecido con tanta seguridad como si jamás hubiera existido.

Entonces fue cuando decidió dar por terminada la representación y, de un salto brusco, se sentó en la cama, al mismo tiempo que abría los ojos.

Los volvió a cerrar en el acto.

—¿Estoy soñando o… me dura todavía la borrachera? —exclamó en alta voz.

—No. —Le contestaron—. Ni está soñando ni… bueno, ya está usted lo suficientemente sereno como para atenderme, Dag Kerus.

Dag volvió a abrir los ojos para examinar al trío que tenía ante sí.

El principal personaje era una mujer. Alta, esbelta, maravillosamente proporcionada, sus verdes pupilas miraban fijamente a Dag por encima del velo rojo que ocultaba a medias sus facciones, de purísimo trazado. Los cabellos intensamente azules, el velo ya citado y el curioso brazalete que se le veía en el brazo hasta un poco más arriba del codo denotaron claramente a los ojos del joven su procedencia. «Viene de Régulo, del León», pensó Dag.

Los otros dos eran hombres e indudablemente servidores de la mujer. Vestían unos «*shorts*» rojos como el fuego, de cuyos anchos cinturones pendían sendas pistolas atómicas, y eran dos gigantes, de cabeza afeitada y ojos oblicuos y enormes torsos cubiertos por sendas corazas electrónicas, capaces de rechazar el duro impacto de un proyectil nuclear. Tenían los brazos, semejantes a troncos de árbol, cruzados sobre el pecho y, plantados sobre sus piernas, de una increíble robustez, miraban a Dag como seguramente no lo hubiera hecho su enemigo más encarnizado.

Los ojos del joven captaron la imagen de su pistola en la mano de la mujer, de cuyo rostro apenas si eran visibles sus esmeraldinas pupilas. Sacudió la cabeza y dijo al cabo:

—Está bien; ¿qué es lo que quieren de mí?

—Dag Kerus —contestó ella con una voz de tonos gravemente musicales—, necesitamos de usted y de su astronave.

—¡Ajá! Eso es una cosa muy difícil de obtener, mi hermosa señora…

—Stylla —contestó ella—. Stylla de Wrion.

Dag miró al techo.

—De Wrion —murmuró—. Ese nombre me suena.

—Es el de mi marido, Dag Kerus.

Los ojos del joven despidieron un relámpago de interés, prontamente apagado.

—Ornitb de Wrion, exarca de Régulo.

—Justamente —declamó ella—. Y yo soy su mujer… o a estas horas su viuda.

«Una viuda muy hermosa», pensó Dag. Levantó la voz:

—De modo que me necesitan a mí y a mi astronave, ¿eh?

—Exactamente.

—¿Por qué no toma una de las suyas, Stylla?

Ella sacudió la cabeza, haciendo brillar chispas azuladas de sus cabellos, que le caían en ondulante catarata sobre sus esbeltos hombros.

—No —contestó secamente—. No puedo usar las de mi país, porque… Bien, eso no le importa a usted, capitán Kerus.

—¡Hora! Intriga tenemos, ¿eh? La esposa del exarca de Régulo en busca de su marido… que acaso esté divirtiéndose por ahí con…

La mano que sostenía el velo rojo lo dejó caer. Dag sintió que el aliento se le paralizaba al contemplar la increíble hermosura de aquel rostro, cuya belleza, si bien había sabido calcular, no la había supuesto hasta tal grado. Era realmente algo que escapaba a toda imaginación, y los cabellos de un intenso color azul oscuro, junto con la blancura de la tez de Stylla, sus labios escarlata y sus verdosas pupilas, formaban un conjunto capaz de arrebatar al hombre de mas controladas emociones.

—¿Cree usted, capitán Kerus —dijo ella desdeñosamente—, que Ornitb de Wrion puede andar por ahí divirtiéndose?

Dag sacudió la cabeza.

—Sería el tonto más tonto de todos los tontos si tal hiciera —respondió con rapidez—. De todas formas, ¿qué interés puedo yo tener en hallarlo?

—A su modo, usted es un comerciante, capitán Kerus. Tiene usted una astronave con la cual recorre la Galaxia de un extremo al otro, comprando en un sitio, vendiendo en otro y cambiando en el de mas allá. Supongo que no hace todo eso, corriendo los graves peligros que entraña la navegación subespacial, solamente por amor

a los viajes siderales, ¿no es así?

Dag asintió.

—Visto desde este punto, tiene usted razón, señora De Wrion.

—Llámeme Stylla desde ahora, capitán Kerus.

Mi proposición es la siguiente: usted me alquila su nave, empeñando todas sus fuerzas en la búsqueda de mi esposo, y una vez que esa búsqueda se haya terminado, con éxito o no, yo le pago la cantidad de cinco millones de régulos, moneda de mi país.

La cantidad, citada por Stylla dejó a Dag sin aliento. El régulo era una de las monedas más fuertes y sólidas de la Galaxia, y sólo unos cuantos millares eran ya una fortuna poco menos que colosal. ¡Y ella le ofrecía nada menos que cinco millones!

—Pero…

Ella le interrumpió secamente:

—Le espero en la habitación inmediata, capitán Kerus. Uno de mis hombres le vigilará mientras se asea.

Stylla dio media vuelta, dejando al joven con la palabra, en tanto que uno de aquellos colosos permanecía allí, con estólida actitud, mirándole fijamente, como si fuera un mueble más. Dag le contempló unos segundos y, al cabo, se levantó y se encaminó al cuarto de baño.

El esbirro le siguió. Dag se volvió.

—¡Eh, tú! —protestó—. Que esto es el cuarto de baño, ¿entiendes? E-l b-a-ñ-o —le deletreó.

Pero el coloso, en lugar de contestarle, se limitó a alargar su enorme mano, tocándole en el pecho. Dag retrocedió, pese a su corpulencia, como si le hubieran asestado un puñetazo y trastabilló, debiéndose asir al vano de la puerta para no caer.

—¡Espacio! —Gruñó—. ¿Quién eres tú? ¿Hércules… Sansón… o las dos cosas a la vez? Está bien, está bien —exclamó apresuradamente, alargando sus manos—, ya voy. No es necesario que te enfades, pedazo de bestia.

La temperatura de su cuerpo graduó automáticamente la del agua de la ducha. El frío chorro, alivió notablemente las nieblas que todavía cubrían su cerebro, despejándolo de los restos de los vapores que el rojo vino de Ardion había acumulado allí. Se colocó después bajo el secador del aire, y cuando hubo terminado se pasó la pasta depiladora por el rostro, sintiéndose otro hombre.

Pasó al dormitorio, se puso unos «*shorts*» limpios y una simple blusa sin mangas y se calzó unas sandalias de tejido esponjoso, adaptadas anatómicamente a sus pies. Pulsó el interruptor señalado con «DESAYUNO» durante tres segundos, y luego, con un cigarrillo en la boca, vicio contraído durante uno de sus viajes al Sistema Solar, pasó a la vecina estancia.

La larga túnica que cubría a Stylla de los hombros a la cabeza era apenas suficiente a disimular sus esculturales lineas. Ella detuvo sus nerviosos paseos al verlo entrar.

—Y bien, capitán Dag Kerus, ¿qué me contesta usted?

Una luz anaranjada se encendió de pronto en uno de los paneles de la estancia. Dag fue hacia él, lo abrió y extrajo la bandeja cargada de alimentos que tomó y depositó luego sobre una mesita. Se sentó ante ella y tomó un largo sorbo de café, pues en el hotel conocían sus costumbres solares. Después dijo:

—Tengo compromisos adquiridos con anterioridad a su proposición, Stylla de Wrion.

El pequeño pie de la mujer golpeó con impaciencia el suelo.

—Cancélelos usted, capitán Kerus —dijo perentoriamente.

Dag se metió un enorme trozo de tostada en la boca.

—Me costaría una fortuna indemnizar a los fletadores y… además, está mi reputación, ¿comprende?

Una débil sonrisa de desprecio se insinuó en los rojos labios de Stylla.

—¿Su… reputación, capitán Kerus? —dijo, mientras el aludido continuaba comiendo a dos carrillos con toda indiferencia—. ¿Qué reputación es la que usted estima tanto?

—La mía, Stylla —repuso él sin dársele un ardite de los casi histéricos gestos de la joven.

—No me diga —se burló ella—. Capitán Kerus, me extraña usted preocupándose tanto de su buena fama. Un hombre a quien los agentes aduaneros de trescientos sistemas echarían el guante de muy buena gana si pudieran para encerrarlo en alguna penitenciaria plutoniana para el resto de sus días; un hombre a quien las leyes y los códigos traen sin cuidado; un hombre que hasta… hasta tiene fama de… de… —Aquí Stylla enrojeció en tanto buscaba la palabra exacta, cosa que no pudo lograr.

—De Don Juan —contestó él amablemente—. Ése es el término

que utilizan mis amigos del Sistema Solar para expresar lo que usted no se atreve a decir.

—Pues bien, sí, de Don Juan. Todos esos defectos los tiene usted, ¿y aún se atreve a hablar de reputación? Realmente, me sorprende usted, capitán Kerus.

—Podría decir —contestó Dag calmosamente, sin dejar de devorar su desayuno— que es usted la que me sorprende al estar tan enterada de mi vida y milagros. Pero no es así, Stylla de Wrion. Al hablar de mi reputación, me refería a una faceta de ella. A esa parte que se refiere al inexorable cumplimiento de los compromisos contraídos, ¿me entiende usted?

»Puedo tener todos los defectos que quiera, y estar en perpetua contradicción con las leyes y reglamentos; lo admito. Pero tengo una cosa que estimo como buena, y que todos los que me conocen la estiman asimismo: la fidelidad a la palabra dada. ¿No me cree usted, Stylla de Wrion? Pues sepa que nadie me pide jamás confirmación grafónica o escrita del compromiso adquirido, sea este cual sea. Y si yo ahora tengo alistados unos cuantos fletes, que acaso me rindan un beneficio de veinte o treinta mil régulos, no porque usted me ofrezca cinco millones dejaré de cumplir lo pactado. ¿Me ha entendido, señora?

Los ojos de Stylla chispearon.

—¡Seis millones! —dijo.

Dag no contestó, muy atareado en la persecución de un trozo de autentico huevo de gallina solar con su tostada. Cuando el alimento hubo sido injerido, contestó:

—¡NO!

—¡Siete millones, capitán Kerus! —insistió ella.

—¡No… y no insista, espacio! —Gruñó el joven, empezando a sentirse molesto.

Por un momento pareció que Stylla se iba a declarar en derrota, pero no tardó en reaccionar. Volvió ligeramente y dijo una sola palabra:

—Traill.

—Sí, señora —contestó uno de los colosos, tomando una especie de cartera de mano, pero que más tenía aspecto de maletín que de otra cosa.

—Ábrela, Traill —ordenó ella secamente.

—Sí, señora.

Como si todo aquello no fuera con él, Dag continuó con su desayuno. Se embauló el último huevo, cosa que no todos los huéspedes del «Alfa y Beta» podían permitirse, tomó una taza más de café y, limpiándose los labios, se colocó entre ellos un cigarrillo, que encendió, inhalando el humo con visible placer.

Stylla se le acercó, barriendo con un golpe de su mano todos los útiles del desayuno, que cayeron estrepitosamente al suelo, sin que en el rostro del joven se moviera un solo músculo. Después, Traill deposito la cartera sobre la mesa, abierta en dos.

Un deslumbrante fulgor golpeó los ojos del joven al ver los fajos de billetes de metal aurificado, apilados en aquella valija. El régulo solía usarse generalmente con monedas acuñadas, de distintos valores, y en algunos billetes de escasa, denominación, de metal plateado. Pero casi era la primera vez que Dag veía aquel cúmulo de billetes, todos de diez mil régulos, brillando esplendorosamente ante sus pupilas.

Aquellos billetes estaban fabricados en una clase de papel metalizado auríferamente, lo cual no impedía que se distinguieran claramente sus características gráficas, brillantemente coloreadas; y por poseer uno solo de ellos más de un habitante de Djinka hubiera matado sin vacilar.

Tras el primer instante de sorpresa, hábilmente disimulada sin embargo, Dag tomó uno de los billetes, de aproximadamente diez centímetros de ancho por veinticinco de largo. Lo estrujó en sus manos, reduciéndolo a una bola, y luego lo soltó.

El billete recobró en unos diez segundos su forma, quedando tan liso como si no se hubiera ejercido sobre él la menor presión. Adquirió su tersura original y volvió a parecer recién salido de la máquina.

—Legítimo —comentó glacialmente.

—«Todos» —subrayó ella— lo son. Hay ahí diez millones. Ocho para usted; dos para mí. Ése es el trato… máximo que puedo hacer.

Con toda calma Dag cerró la valija. Se puso en pie y con una facilidad más aparente que real, pues aquella moneda pesaba lo suyo, entregó la cartera a Traill.

—Lo siento, Stylla de Wrion. Me hubiera gustado haberla visto antes de cerrar mis compromisos, pero ya es tarde. Busque otro

patrón de astronave; acaso con cincuenta o sesenta mil régulos salga del paso.

—¿Es ésa su última palabra, capitán Kerus?

—Lo es, Stylla de Wrion —contestó él, mirándola fijamente a los ojos.

Ella se colocó el velo ante el rostro.

—Sin embargo, yo no desisto de viajar en la «Circe», capitán Kerus. Tenga en cuenta que no es la última vez que nos vamos a ver.

—Lo celebraré infinito —se inclinó Dag—, siempre que sea en mejores circunstancias. A los pies de usted, señora De Wrion —concluyó, largando una frase aprendida últimamente en el Sistema Solar.

Stylla le arrojó una última mirada, junto con la pistola, que el joven cazó al vuelo, y luego, girando sobre sus talones, salió de la estancia, seguida por sus escoltas, uno de les cuales era portador de la preciosa valija.

Cuando se hubo quedado solo, Dag volvió a encender un segundo cigarrillo, advirtiendo que las manos le temblaban como nunca le había ocurrido antes de entonces. Se las miró un momento, y luego soltó una áspera carcajada.

—¿Por qué tiemblas y sudas, Dag? ¿Acaso porque, pese a tu vida azarosa y aventurera, es la primera vez que ves reunida una fortuna tan colosal? ¿O bien es por ella?

Aspiró profundamente el humo y dijo:

—Olvídala, Dag; será lo mejor para la tranquilidad de tu sueño. Hay mujeres tan bellas como Stylla… o más aún.

Después paseó por la estancia, meditando acerca de lo que acababa de ocurrirle. ¿Por qué había sido él precisamente el elegido y no cualquier otro capitán da astronave? Había muchos que, como él, se dedicaban al «tramp»[1] sideral, cualquiera de los cuales habría lanzado aullidos de alegría solamente con serle ofrecidos cincuenta mil régulos de recompensa. Pero a él le habían ofrecido nada menos que ocho millones. ¿Qué era lo que se escondía tras aquel fabuloso precio?

Era algo difícil de saber permaneciendo quieto en el hotel. Sin embargo, ¿a quién preguntar, por otra parte? ¿Quién podría informarle acerca de Stylla y su marido, Ornitb de Wrion, exarca de

Régulo?

Arrojó el cigarrillo repentinamente al suelo. Cerca de él había un espejo, y Dag se miró.

Se vio alto de un metro noventa, anchos hombros y caderas escurridas, con la epidermis que parecía estar recubierta de una metálica capa de bronce, resaltando en ella sus pupilas de un tono que tiraba hacia el rojo violeta, bajo los cortos y revueltos cabellos negros de su cráneo. Se sintió satisfecho de sí mismo y de su pujante edad, que en el Sistema Solar era de treinta años y de ciento diez en Capella. Apenas había llegado a la cuarta parte de su existencia… si tenía la suerte de morir en el lecho, cosa no fácil para quien, como él, llevaba constantemente una vida llena de azares y peligros, pero esto no le importaba al joven, que se encogió de hombros. De alguna forma había que vivir… y morir, y la existencia que él llevaba era, con mucho, la que más le gustaba, ¿por qué, pues, cambiaría?

Pero nuevamente el recuerdo de Stylla volvió a golpear su mente. Stylla y su inaudita proposición.

¿Por qué? ¿Por qué ofrecía nada menos que ocho millones? ¿Que hacían los restantes miembros de la Exarquía de Régulo que no salían en busca de su colega, empleando para ello todos los recursos de su sistema?

Éstas eran unas preguntas mortificantes a las que él no podía, dados sus reducidos medios, al menos en aquel momento, concertarse en manera alguna. No obstante, había en Djinka personas que podrían darle alguna luz sobre el asunto. En sus ciento diez años de vida había conocido a mucha gente, y en la capital del planeta Ardion era muy popular.

Pensó primeramente en Aluya, la muchacha con la cual cenara la noche anterior, pero la desechó al instante. «Muy hermosa, pero con menos sesos que un mosquito», se dijo. No, Aluya no le servía. ¿Quién, pues, en su lugar?

De repente, una frase le vino a la memoria, una frase pronunciada per él mismo momentos antes. «Hay mujeres tan bellas como Stylla…».

¡Ya está! —dijo en voz alta—. Atheria, la hija de Quorter, el rico comerciante de Djinka. Es tan hermosa como Stylla… o más aún; pero ella no será quien me dé los informes que yo quiero, sino su

padre, ese viejo zorro que sabe más cosas de la Galaxia que toda una filmoteca nacional. Sí, Quorter me dirá mucho acerca de lo que yo quiero saber.

Tomada, pues, la decisión, recogió su pistola atómica, sacando el cargador y revisando los proyectiles uno por uno, con todo cuidado. El arma era de buen tamaño, y el peine, capaz de contener diez cartuchos con la potencia suficiente para desintegrar a una compañía de soldados, iba en la parte delantera, justo ante el disparador, dado que en otro caso, debido al excesivo tamaño de los cartuchos, no hubiera sido posible construir una culata fácil de empuñar. Volvió a meter los proyectiles en su sitio, y luego, colocando con seco chasquido el cargador en su alvéolo, guardó la pistola en una funda, que colgó de su cinturón con un broche de presión.

Hecho esto, tomó un paquete de cigarrillos, que colocó en uno de sus bolsillos, e inmediatamente se dirigió hacia la puerta, con ánimo de ver cuanto antes a Quorter, de quien se consideraba un buen amigo.

Pero la puerta se abrió y no fue por un gesto de su mano, sino por alguien que lo había hecho desde afuera. Dag hubo de saltar hacia atrás cuidando de la integridad de su apéndice nasal, y reprimió una enérgica interjección al ver a dos hombres ante él, portadores de sendas pistolas muy parecidas a la suya.

CAPÍTULO II



as blusas y los pantalones negros, así como la tez violentamente amarilla de aquellos dos hombres, los delataban como pertenecientes a Castor, alfa de los gemelos cosa, que confirmaban los tatuajes de sus brazos en forma de látigo de tres puntas. Pero, en cambio, sus pistolas eran completamente interestelares y podían haber sido adquiridas en cualquier rincón de la Galaxia, con tal de que se poseyera el dinero suficiente para ello. Repuesto de la sorpresa, Dag preguntó:

—¿Quiénes son ustedes y qué es lo que quieren de mí?

No intentó echar mano a su pistola; de sobra sabía que en aquellos momentos su rapidez no le serviría para nada.

—Solamente una cosa, capitán Kerus. ¿Ha estado aquí Stylla de Wrion?

—¿Es obligación mía dar cuenta a unos desconocidos que se niegan incluso a dar su nombre, de las personas que vienen a visitarme?

—No esquive usted nuestras preguntas, capitán Kerus. Limítese a responderlas sin más comentarios —ordenó el asaltante que parecía llevar el mando con sequedad.

—¡Vaya! —Se chanceó el joven—. Veo que hay nuevos modos en Castor. Y vosotros los estáis usando, ¿eh?

La mano del castoriano se agitó repentinamente, y antes de que Dag pudiera impedirlo, sintió contra su mandíbula el duro contacto de la pistola enemiga. Sus ojos se le llenaron de lágrimas a causa del intenso dolor, y por unos instantes estuvo tentado de saltar al cuello del individuo y estrangularlo.

Pero se dijo que no tendría tiempo para ello, pues el dedo de su enemigo sería mucho más veloz, sin duda alguna. Se repuso y, frotándose la mandíbula, amenazó:

—Algún día le meteré el cañón de esa pistola por la boca y luego apretaré el gatillo, ¡granuja!

—No haga promesas que no sabe si va a poder cumplir —rió el otro con desfachatez—. Conteste a lo que le pedimos. ¿Ha estado o no aquí Stylla de Wrion?

—¿Y qué pasaría si fuera verdad lo que usted dice?

—A usted nada, capitán Kerus. Nada… excepto que bajo ningún pretexto ha de aceptar las proposiciones que ella le haga, ¿me comprende?

Dag sonrió burlonamente.

—Usas un lenguaje muy claro, esbirro —dijo, tuteándolo—. En efecto, la mujer del exarca de Régulo ha estado aquí, pero no hemos conseguido llegar a un acuerdo. Se fue con las manos tan vacías como cuando llegó.

—No eres hombre que acostumbres a mentir, capitán Kerus, y sé que estás diciendo la verdad. Muy bien; me alegro de ello… por ti, y en lo sucesivo, procura olvidar, tanto la visita de Stella de Wrion como la nuestra, ¿entiendes?

Dag se inclinó burlonamente.

—Perfectamente, mi señor. A partir de este momento, y en todo cuanto se relacione con vosotros, seré un amnésico estupendo. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —corroboró el otro, metiendo la mano en el interior de su blusa. Extrajo de ella un objeto y, al mismo tiempo que se lo arrojaba a Dag a la cara, dijo—: Ahí tienes. Para que veas

que no te guardamos rencor… y para ayudarte a olvidar. ¡Adiós!

El hombre dio media vuelta, seguido por su mudo acompañante, y solamente fue entonces cuando Dag se inclinó a tomar aquella cosa que le tiraran al rostro. Sujetando con una mano el fajo de régulos, los hojeó con el pulgar de la otra.

—¡Fiuuu…! —Silbó admirado, al contar diez billetes de diez mil —. ¡Cien mil régulos! ¿Es que se han desatado los Cresos solares en esta parte de la Galaxia?

Durante unos momentos, permaneció inmóvil contemplando aquella colosal fortuna con la cual le habían abofeteado tan indiferentemente. Después, saliendo de su semiéxtasis, tomó el camino del ascensor.

Cincuenta pisos más abajo estaba la calle, en donde encontró un vehículo que en contados minutos le llevó a la casa de su amigo Quorter.

* * *

Quorter de Salidyan era un comerciante que en su juventud había viajado muchísimo, hasta que el paso inexorable de los años, unido a la colosal fortuna que había reunido, le hicieron retirarse de los negocios, tanto para descansar de su ajetreada y agitada existencia, como para disfrutar de sus ganancias, más o menos honestamente adquiridas. Uno de los lugares donde mejores negocios había realizado era el Sistema Solar, vecino a la constelación del Centauro, y en sus viajes no había dejado nunca de admirar los diferentes estilos arquitectónicos del planeta Tierra, capital de aquel sistema.

Fruto de sus observaciones, había sido el palacio en que ahora habitaba, copia exacta de uno de los edificios que construyeran algunos de los primitivos habitantes de un pueblo terrestre que en sus tiempos fueran los dueños de aquel planeta. El pórtico de estriadas columnas, los largos peristilos, los atrios espejeantes de mármoles y los rumorosos surtidores de agua en perpetuo funcionamiento, cambiando sus dibujos continuamente, merced a mecanismos automáticamente regulados, los cuales intervenían también en los cambios tonales de la iluminación nocturna, eran algo que nadie sino él poseía en toda Djinka, y que incluso Elkudos,

presidente del Sínodo, le envidiaba.

Pero Dag había visto sobradas veces aquel delicioso espectáculo para que una más le impresionase tan siquiera, y así, caminando con elásticos pasos, una vez que la entrada exterior le fue franqueada, recorrió el enlosado sendero, de segmentos multicolores, hasta llegar a un pórtico, en donde un «velarium» blanco y rojo, blandamente movido por la fresca brisa que entonces soplaba, resguardaba al dueño de la mansión de los ardientes rayos de Capella.

Quorter estaba medio tendido en un lujoso lecho, leyendo un libro, y levantó la cabeza al ver acercarse a su visitante. Sus sagaces ojillos brillaron de alegría al reconocerlo.

Dag se precipitó a impedir que se levantase. Los dos hombres se estrecharon las manos con efusión, cambiando afectuosos saludos.

—¡Dag Kerus, condenado astrocorsario! ¡Qué caro eres de ver!

—Te saludo, Quorter de Salidyan —contestó el joven—. Me alegro de hallarte en un perfecto estado de salud y, casi, casi, más joven que la última vez que nos vimos.

—No seas tonto —gruñó el viejo comerciante—. La última vez que eso ocurrió fue hace cinco —¡no!, siete años; casi cuando recién emprendías tú tu carrera de piraterías y granujadas.

Dag se echó a reír con risa profunda y sonora.

—¡Miren quién habla de piratas! ¡Tú, terror de todos los negociantes de la Galaxia, dándome lecciones de moralidad y honradez al cabo de los tiempos!

Quorter suspiró.

—Esos tiempos, para mí, Dag, pasaron ya. Los años no perdonan, amigo… Pero ¡aguarda! Tu presencia me ha hecho olvidar los deberes de un buen anfitrión. Tendrás sed, seguramente, y en mi bodega guardo yo un duplicado de champaña solar que es pura delicia para el paladar.

A Dag se le hizo la boca agua al oír aquellas palabras. No tardó mucho en venir un sirviente con lo pedido, y cuando las copas estuvieren llenas, Quorter brindó por su huésped.

—Porque tus negocios sigan siendo tan florecientes como hasta ahora, Dag Kerus.

—Gracias, Quorter. Y yo lo hago porque tú vivas mil años más —contestó el joven, saboreando luego lentamente el espumoso

líquido. Vació la copa, dejándola a un lado, y luego encendió un cigarrillo, al mismo tiempo que sonreía, excusándose—: Un vicio solar al que me he acostumbrado.

—Allí aprecian mucho el tabaco —comentó el anciano—. Pero yo no me pude acostumbrar nunca, Dag.

Durante unos momentos, los dos hombres cambiaron frases banales, sin interés alguno. Prudentemente, Dag aguardo el momento oportuno para entrar en la materia que le llevaba allí, y de esta forma, al cabo de diez minutos, preguntó:

—Quorter, dime: ¿qué sabes tú de Ornitb de Wrion, el exarca de Régulo?

Los agudos ojillos del antiguo comerciante miraron al joven con no fingido interés. Dag, a su vez, contempló aquel rostro arrugado, cubierto por una epidermis que ya parecía de cuero, pero en la cual, no obstante, se advertían rastros de una indudable nobleza de ánimo.

Quorter hizo abultar una mejilla paseándose la lengua por el interior de la misma. Exclamó:

—¿En qué lío te has metido ahora, Dag? Vamos, desembucha todo de una vez, sin ocultar nada. Ya sabes que soy hombre en el cual puedas confiar, ¿no?

El joven suspiró. Después, arrojando el cigarrillo al surtidor más próximo, empezó a hablar. Terminó su largo parlamento, arrojando el fajo de régulos sobre el lecho donde repesaba el anciano.

Quorter contempló con opacos ojos aquella fortuna, acariciando maquinalmente los billetes. Murmuro:

—De modo que Ornitb de Wrion ha desaparecido y su mujer… o quién sabe si a estas horas su viuda, lo está buscando desesperadamente, ¿eh?

—Así es, Quorter. Y por más que me estrujo los sesos, no puedo comprender los motivos por los cuales Ornitb se ha esfumado de Régulo.

Quorter se acarició la huesuda mandíbula.

—Régulo es un sistema en el cual la vida es poco menos que la que debiera existir en un país imaginario del Sistema Solar; Jauja. Hay de todo, no falta nada, absolutamente nada y sus habitantes tienen cuanto puedan desear, sin casi mas que alargar la mano para tomarlo. Su suelo es extraordinariamente fértil, y riquísimo en

minerales de todas clases: lo mismo valiosos, que los llamados estratégicos. Prácticamente no necesitarían de un gobierno, a no ser por la cuestión de sus relaciones interestelares, y por ello fundaron hace muchísimos siglos el suyo, compuesto por seis hombres que se turnan en la Presidencia por períodos de seis años, de donde tomaron el nombre exarcas.

»Los trabajos más duros —continuó Quorter—, están encomendados a extranjeros, aparte de las máquinas, claro está, cuya selección es rigurosísima, Sin embargo, bástate saber que son cientos de millones los habitantes de la Galaxia que quieren emigrar a Régulo, y que el porcentaje de admisión apenas si llega al uno por trescientos mil. Régulo vive de la hábilmente dosificada exportación de las riquezas de su sistema, compuesto, como tú sabes, por unos noventa planetas, y ello es lo que produce la increíble solidez de su moneda, cuyo cambio, con el franco solar, viene a estar alrededor de un régulo por cada diez mil de éstos.

Dag sopeso especulativamente el fajo de billetes.

—Pues el franco Solar no es tampoco una moneda endeble que digamos. Así, yo tengo ahora en las manos una fortuna equivalente a mil millones de francos solares.

—Exactamente, mi querido amigo. Y esos individuos que trataron de acallarte, deben ser, o estar al servicio de un potentado.

Dag soltó una enorme carcajada.

¡Pues lo han conseguido, mi querido Quorter! Con cien mil régulos, ¿quién no se olvida de Stylla?, por muy hermosa que está sea.

El espíritu de negociante del anciano se despertó casi al instante.

—Recuerda que ella te ofrecía ocho millones de régulos.

—Ochenta mil millones de francos solares, Quorter —dijo Dag, frunciendo el ceño—. ¿Quieres decirme si la vida del exarca los vale?

—¿Para, Stylla?, ¿por qué no? Es su marido, recuérdalo.

—De todas formas, sea lo que sea, es una fortuna colosal. Hay para comprar un planeta con todos sus moradores. Tú has ganado mucho en tus viajes, Quorter, pero tu fortuna, con ser enorme, no alcanza a la centésima parte de lo que me ofrecía Stylla.

—Es cierto, Dag —musitó el viejo, meditabundo—. Y si yo no tuviera ya los años que tengo, puedes tener por seguro que ni dos ni

doscientos esbirros me hubieran hecho olvidar esa recompensa ofrecida.

—¿Quieres decir con eso —exclamó Dag, muy sorprendido— que yo debía haber aceptado la proposición de Stylla?

Una leve sonrisa, llena de insinuante silencio, apareció en los delgados labios de Quorter. Dag sacudió la cabeza.

—Quorter, tú sabes que yo respeto siempre mis compromisos. Y cuando vino ella a verme, ya tenía completo un cargamento de fletes con destino a…

—¿Adónde, Dag?

El joven dijo la ruta que había de seguir. Quorter continuaba sonriendo.

—Es evidente, Dag, que eres muy listo y muy astuto, pero te falta aún un poco de esa experiencia que sólo se adquiere con el paso de los años. Pudiste haber aceptado, sin por ello dejar de cumplir con tus compromisos. Lo único que ocurrirá es que la búsqueda de Ornitb se retrasará un poco, pero tal como están las cosas, ello no es cosa que importe mucho, ¿no crees?

Los ojos de Dag brillaron repentinamente. Chasqueó los dedos.

—¡Es cierto, Quorter! ¿Cómo no se me habrá ocurrido antes? —Y de repente, la sonrisa que había aparecido en su rostro, se esfumó—. Están los tipos que me pagaron por olvidar a Stylla y a su esposo, amenazándome además.

Quorter hizo una mueca de desdén.

Dijo:

—Si esa amenaza me la hubieran hecho a mi doscientos cincuenta años atrás, les hubiera hecho comerse el fajo de billetes. Y si una cosa hay indigesta en toda la Galaxia, es el papel moneda reguliano, Dag.

El joven asintió. Levantó los ojos y abrió la boca, disponiéndose a hablar, pero no lo hizo. Alguien se acercaba corriendo hacia ellos.

—¡Papá! —gritó la muchacha, cuyas finas líneas quedaban claramente dibujadas al pegársele las ropas por efectos del viento. Quorter volvió la cabeza.

Dag se puso en pie, contemplando a la recién llegada, cuyos negrísimos cabellos refulgían bajo la luz de Capella. Era una muchacha que tendría unos setenta años y que en el Sistema Solar apenas si habría contado dieciocho o veinte. Vestía una túnica

corta, hasta las rodillas, de un brillante tejido verde pálido, y calzaba unas simples sandalias, sujetas a los tobillos con cintas de tela de oro. Contemplando aquel rostro, Dag se dijo que, en efecto, era difícil saber cuál de las dos, Stylla o la hija de su amigo, era la más hermosa.

—Hija, Atheria —exclamó el anciano—, ¿no reconoces a nuestro buen amigo el capitán Kerus?

Dag volvió sus ojos hacia los del dueño de la casa.

—Este portento… ¿es el diablillo… que un día me arrojó de un empujón a la piscina?

Atheria rió alegremente al recordar el suceso. Fue hacia Dag y tomándole por los hombros, le besó fraternalmente en una de sus mejillas.

—La misma, capitán Kerus. Soy exactamente la misma, sólo que…

—Antes eras una chiquilla larguirucha y desgarbada, todo piernas y brazos, y ahora eres algo que debiera ser declarado monumento galáctico.

Atheria se echó a reír, celebrando la ocurrencia del joven.

—Me alegro mucho de verte, Dag. He oído muchas de tus hazañas, y estaba deseando tomarte un día por mi cuenta para que me las contases todas. Especialmente aquélla en que salvaste a la reina de Carina de la muerte en el espacio. Creo que luego se quería casar contigo, ¿no? ¿Era guapa?

—¡Uf! —Se estremeció el joven—. ¡No me lo recuerdes! Niopis podía ser mi abuela, le faltaban seis dientes y un ojo, y era jorobada además. Tuve qué largarme de allí a toda velocidad, dejando atrás casi a la «Circe».

Atheria rió argentinamente.

—¡Papá! —exclamó—. ¿Te das cuenta qué embustero es Dag? Niopis es una de las mujeres más bellas de la Galaxia y nuestro huésped podía haber sido rey consorte de Carina. Pero no le gusta amarrarse a un sitio fijo y por ello huyó de Niopis. ¡Si ella supiera la pintura que le has hecho…!

—Si es por eso, no te preocupes, Atheria —dijo Dag—. Niopis ha encontrado a su hombre y se va a casar muy pronto.

—Porque tú no la quieres, Dag; de lo contrario seguro que…

Quorter alzó de pronto la mano.

—Hija, dispensa que te interrumpa, pero tú lo has hecho con nuestra conversación.

—Dispénsame, papá; no sabía que fuera importuna.

—No lo eres, Atheria —replicó vivamente él joven—. Podemos continuar en otra ocasión.

La muchacha asintió, moviendo la cabeza y haciendo centellear el broche que sujetaba un lado de sus cabellos.

—Muy bien. Me parece una idea excelente. ¿Qué tal si lo hicierais mientras comemos? Precisamente venía a advertirte que la mesa está ya lista: Si Dag no teme que lo envenenemos…

Kerus sonrió.

—Mirándote a ti, Atheria, uno se dejaría envenenar tranquilamente. Ahora veremos si tu hermosura me deja comer. ¿Vamos, Quorter?

El joven alargó su brazo, para que el anciano comerciante pudiera apoyarse en él. Quorter se puso en pie con dificultad y sonrió.

—Dag, no me conviene mucho tu presencia aquí. Sabes decir muchas cosas a las mujeres, y Atheria es…

Quorter calló de repente, porque una expresión de una agonía indescriptible acababa de deformar violentamente su arrugado rostro. Su boca se torció en una mueca horrible, casi al mismo tiempo que un agudo silbido se dejaba oír por encima del sonido de sus palabras.

El comerciante vaciló un segundo; luego, antes de que el asombrado Dag pudiera sostenerlo, cayó de bruces al suelo, agitando espasmódicamente sus flacas piernas. Y solamente fue entonces cuando, los estupefactos ojos del joven pudieron advertir una manchita redonda, escarlata, en el centro de la espalda del anciano, cuyas uñas chirriaban, arañando el espejeante mármol del pavimento.

Atheria no se pudo contener y lanzó un grito de espanto.

CAPÍTULO III



ag Kerus era un hombre cuyos últimos años de su vida habían estado fuertemente influenciados por el azar y la aventura. Había corrido peligros, en sus viajes interestelares, que hubieran cubierto de canas la cabeza de cualquier hombre de menos temple que el suyo, y aunque en Djinka la paz imperaba de ordinario, no por ello dejaba de estar continuamente prevenido para cualquier posible emergencia.

Era un hombre de acción.

Así, pues, apenas hubo visto caer al anciano al suelo, y percibido el silbido que parecía haber sido la posible causa de su muerte, ya que no se notaba en el cuerpo de Quorter el menor movimiento, obró de la única manera que cabía hacerlo; arrojándose sobre Atheria y lanzándola, al mismo tiempo que lo hacía él, al suelo de un fuerte empujón.

Sin embargo, no fue tan rápido, se percibió un segundo silbido, e instantáneamente Dag sintió un agudísimo dolor en el hombro

izquierdo, como si le hubieran clavado una gruesa aguja enrojecida al fuego. Dominando el dolor, se revolvió en el suelo y, con la mano libre, desenfundó la pistola atómica.

Sus gestos, pese a la herida recibida, eran veloces y precisos. Su ojo quedó instantáneamente detrás del visor telescópico, en el cual apareció la figura de un hombre, a cincuenta metros, encaramado a caballo sobre la barda de la alta tapia que rodeaba la mansión.

El asesino tenía en las manos algo que brillaba refulgentemente a la luz de Capella. Se mostraba muy nervioso, como si tuviera alguna dificultad en recargar el arma. Este pequeño retraso le fue fatal, porque el proyectil salido de la pistola de Dag le alcanzó de lleno, convirtiéndole en una bola de humo. El arma cayó al suelo.

En la fracción de segundo que había durado su visión tras la mira telescópica, Dag había podido reconocer al hombre que acompañara al otro que trató de sobornarlo en el «Alfa» y «Beta». Después, mordiéndose los labios a causa del vivísimo dolor que sentía, se incorporó a medias, sentándose en el suelo.

A su lado, Atheria se incorporaba también, palidísima, sin un vestigio de color en su rostro, excepto los labios. Un momento permaneció la muchacha atónita, incapaz de reaccionar; después, reparando súbitamente en el inmóvil cuerpo de su padre, se arrojó sobre él, sollozando intensamente.

La experiencia de Dag le dijo que Quorter había muerto casi instantáneamente y que ya nada podía hacerse por él. El suceso, sin embargo, no se había desarrollado tan silenciosamente, que no hubiera sido advertido por los sirvientes de la casa, dos o tres de los cuales corrían hacia allí apresuradamente.

Un nombre y una mujer se dispusieron a atender a Atheria. El restante, un criado de mediana edad, miro a Dag inquisitivamente.

El joven bajo la vista por primera vez desde que fuera herido. Reparó en que de su hombro izquierdo sobresalía algo que brillaba metálicamente.

Parecía un lápiz de metal, estriado a todo lo largo de su estructura, sobresaliendo únicamente de la carne unos cinco centímetros. Dag lo cogió con la mano derecha y, apretando los dientes, tiró con fuerza.

La flecha de acero salió, y con ella un arroyó de sangre. El joven contuvo un aullido de dolor, al mismo tiempo que el suelo parecía

vacilar bajo sus plantas.

Miró al sirviente.

—No se esté ahí parado y traiga algo con que contener la hemorragia. ¡Pronto! —Le acució.

Saliendo de su marasmo, el hombre corrió hacia el interior de la casa. Mientras, Dag rasgó su blusa, viendo el orificio de la herida, y taponándolo con un trozo de tejido, hasta que vino el criado con un tubo de grueso diámetro en la mano.

Dag conocía las virtudes regenerativas de la celulina, y él mismo fue quien se aplicó una gruesa capa de la pasta transparente que, adhiriéndose instantáneamente a la carne, cortó en seco la hemorragia, al mismo tiempo que absorbía la sangre que había en torno al orificio de entrada. La celulina tenía también un compuesto anestésico, por lo que el joven notó al momento un gran alivio en la parte afectada.

Después de ello, se levantó, afirmando los pies en el suelo, y tocó suavemente el hombro de Atheria. La muchacha le miró a través del velo de lágrimas que cubría los ojos. Solamente fue entonces cuando se dio cuenta de que Dag también había sido alcanzado por los proyectiles.

—¡Te han herido! —exclamó Atheria.

Dag meneó la cabeza.

—No ha sido gran cosa. Pero, en cambio, tu padre… —Y calló de repente.

Atheria se quitó de un manotón las lágrimas que brotaban de sus pupilas.

—Esta muerte no quedará impune, Dag. Yo te juro…

El joven la tomó por el brazo.

—Éste no es el momento de hacer promesas, Atheria —dijo serenamente—. Sobre esto hablaremos más adelante. Ahora ve al interior de la casa; de lo que queda por hacer, yo me ocuparé.

Atheria asintió y, acompañada por la sirvienta, se retiró de aquel trágico lugar. Dag dijo entonces:

—Lleven el cadáver de Quorter a su habitación. Yo iré para allí ahora mismo.

Los criados asintieron y cargaron con el inerte cuerpo del antiguo comerciante, cuyo rostro aparecía deformado por la ultima y agónica expresión. El joven miró la fúnebre comitiva y luego,

sujetándose el brazo izquierdo con la mano para no moverlo, se encaminó hacia el lugar desde donde les habían disparado.

Al pie de la tapia halló lo que deseaba. Era una especie de tubo o cerbatana, con un pequeño telescopio a guisa de punto de mira, pero que en lugar de ser disparado con el aire expulsado bruscamente por la boca, lo hacía por medio de un pequeño depósito de aíre comprimido instalado hacia la culata. Bastaba meter la flecha acanalada, que no necesitaba de más para su perfecta estabilidad en el vuelo, en el tubo, y tirar de una pequeña palanquita que éste tenía en la parte opuesta, para tener el arma lista y en condiciones para fulminar a una persona a sesenta o setenta metros de distancia.

Pensativamente, Dag se metió el arma en el cinturón de los «*shorts*»; luego, con la cabeza inclinada, regresó a la casa.

Los sirvientes le facilitaron una blusa limpia, y un largo pañuelo con el que hizo un cabestrillo en donde metió el brazo izquierdo. Sería cuestión de dos o tres días nada más; la celulina, si era utilizada a tiempo, obraba milagros en la regeneración de los tejidos. Una semana más tarde, el único recuerdo de la herida que le podía quedar al joven era la pesada flecha, que sopesó en la mano derecha, echándola al aire y cogiéndola varias veces antes de decidirse a ir a las habitaciones de Atheria.

Llamó y entró al recibir permiso.

La muchacha era valiente y tenía un magnífico espíritu, de modo que, aunque era natural que en su rostro se mostrasen las huellas del hondo dolor que la afectaba, mostraba una serenidad y una calma que no dejaron de asombrar al joven. Atheria, sentada en un diván, pero con la espalda muy rígida, le miró especulativamente.

—Dag —preguntó—, ¿cuándo emprendes el viaje?

El aludido estaba encendiendo un cigarrillo y la miró a través del humo azul del tabaco. Cerró con seco chasquido la tapa del encendedor automático y dijo:

—¿Por qué lo preguntas, Atheria?

—Porque yo quiero ir contigo, Dag.

El joven se quitó el cigarrillo de la boca.

—¿Estás loca, Atheria? ¿Qué vas a hacer tú en la «Circe»? ¡Ah!, ya sé por qué lo haces; quieres, sin duda, pasar una temporada en el espacio, hasta que el transcurso del tiempo haya mitigado el dolor

que sientes por la muerte de tu padre.

—Ésa pudiera constituir una razón de cierto peso —contestó Atheria con frío acento— si no hubiera otra mucho mayor.

—¿Y es…?

El brazo de la muchacha se extendió hacia un punto.

—¡Ésa! —exclamó—. ¡El hombre que yace ahora ahí, al otro lado de ese muro, muerto alevosamente por un esbirro pagado por alguien a quien desconocemos, Dag! ¡Ésa es la razón por la cual yo quiero viajar contigo! ¿Me has entendido?

—¿Quieres decir… que tratas de vengarlo?

La muchacha asintió con un enérgico movimiento de cabeza.

—Así es, Dag. ¡Y lo conseguiré!

El joven agitó la mano derecha, como suplicando calma.

—¡Un momento, un momento! —pidió—. Vayamos primero por partes. Si tratas de vengar a mi viejo Quorter, no sé qué papel puedo yo pintar en el asunto como capitán de astronave. Puedo encomendar el mando de la «Circe» a mi segundo, y yo quedarme aquí contigo. Eso es algo que haría con mucho gusto y que, si tú me lo pides, por supuesto que lo haré. Sin embargo, no comprendo tu pensamiento de venir conmigo en el viaje.

Pese al dolor que sentía en aquellos momentos, Atheria sonrió.

—¿Es que no lo ves, Dag Kerus? El hombre que asesinó a mi padre quiso hacer lo mismo contigo. Relaciona esto con la desaparición del exarca, las proposiciones de Stylla, las amenazas del tipo que te regaló cien mil régulos por olvidar lo que te había dicho aquélla y… ¿qué sacas de todo esto en limpio, Dag?

El joven se rascó la cabeza, un tanto confuso.

—Nada… Nada por ahora, sino que es un lió fenomenal que va a tardar mucho en desenredarse. Pero la venganza y el castigo del hombre que mató a tu padre y me hirió a mí debe quedar a cargo mío, Atheria.

—No —contestó ella con firmeza—. Era mi padre y debo castigar a sus asesinos.

—El que lo mató ha muerto, Atheria —le recordó él.

—Pero no la mano que le pagó, Dag.

—¿Y quién supones tú que puede ser?

La muchacha se encogió de hombros.

—No lo sé. Pero lo sabré viajando contigo… y con Stylla.

Dag se sobresaltó.

—¿Has dicho Stylla?

—Sí, la mujer del exarca. Vas a ponerte en contacto con ella y decirle, omitiendo los motivos, que aceptas su primitiva proposición y que tratarás por todos los medios posibles de hallar a su esposo.

Los ojos de Dag chispearon bruscamente.

—Me parece que empiezo a comprenderte, Atheria.

Ella volvió a sonreír.

—Entre Ornitb de Wrion, su esposa y el tipo que te pagó por olvidar las proposiciones de ésta se halla la médula del asunto. Si Stylla viene con nosotros en la «Circe» es indudable que algo volverá a ocurrir, Dag.

—Sí —contestó sombríamente el joven—; un nuevo asesinato. Tú… yo, o ¿quién sabe si los dos a la vez?

—Correremos ese riesgo, Dag. Pero el asesino ha de dar un paso en falso, ¡y entonces…!

—Muy fácil lo pintas, Atheria. Se ve que tienes aún pocos años y que no conoces la astucia y el poder del individuo o los individuos con los cuales hemos de enfrentarnos. Por la razón que sea, no quieren que Ornitb sea hallado. Si nosotros intentamos buscarlo, ¿no crees que tratarán de estorbánoslo, sea como sea, sin reparar en medios?

—También tú puedes tener esos medios, Dag —contestó ella sin amilanarse—. Tienes, cien mil régulos con los cuales comprar cien hombres que te obedezcan ciegamente. Por otra parte, yo no soy pobre y puedo alistar cien más…

Dag tiró el cigarrillo a un rincón, riendo ásperamente.

—¡Pobre ilusa! —exclamó con deliberada crueldad—. El problema no es de dinero, cosa en la que has podido reparar, ni tampoco de hombres, sino de cerebros. Tengo a mi segundo y a los tres hombres de la dotación de la «Circe», y lo que no consiga con ellos no lo conseguiré con nadie. Son cuatro hombres que llevan conmigo muchísimo tiempo y que me conocen tan bien como yo les conozco a ellos, además de tener hacia mí una absoluta fidelidad. Cuanta más gente en la «Circe» más oscuridad, ¿comprendes lo que quiero decir?

—Lo entiendo. Y si tú opinas que con esos cuatro hombres hay suficiente, no hablemos más. ¿Cuándo sales?

La vista de Dag bajó al gran reloj de pulsera que llevaba en la muñeca y del que no se desprendía jamás. Era una especie de brazalete, largo de unos doce centímetros, sujeto al antebrazo por un par de correas, compuesto por una cajita oblonga, de la misma longitud que el brazalete, y en uno de cuyos extremos se veía una esfera de cinco centímetros de diámetro, llena de números y cifras en letras, con varias esterillas más pequeñas en su interior. En el resto de la caja se veían numerosos botones de variados colores, de muy pequeño diámetro, así como otro un poco mayor y que servía para bloquear, aquéllos no estando utilizándose, con el fin de que no se movieran al sufrir un golpe eventual. Aquel singular artefacto era una especie de reloj calendario, con el cual Dag podía saber al momento la hora y la fecha de los principales sistemas de la Galaxia, comparadas con las de aquél en el cual se encontraba en el instante del cálculo. Desbloqueó los mandos y movió tres o cuatro botones con la rapidez hija de la larga práctica.

—Dentro de tres días, nueve horas y cincuenta minutos —dijo—, omitiendo los segundos y las fracciones de microsegundo que nos dará la computadora de a bordo.

Atheria asintió.

—Muy bien. En ese día y en esa fecha estaré a bordo, Dag. Mientras que tú lo dispones todo para la partida, yo me encargaré de las honras fúnebres de mi padre.

* * *

Cuando la puerta se abrió, Dag vio ante sí la enorme figura de uno de los esbirros de Stylla, cuya cara no se animó por el hecho de reconocer en el inesperado visitante al hombre que rechazara horas antes sus proposiciones.

—¿Qué desea usted, capitán Kerus? —preguntó Traill con voz opaca.

—¿No te lo figuras, montón de carne? Anda, avisa a tu ama y dile que estoy aquí para hablar con ella.

El esbirro vaciló.

—No sé si podrá recibirle ahora, capitán.

—Oh, sí, ya lo creo. En cuanto se lo digas. Anda, ve; no tenemos tiempo que perder.

Traill acabó por acceder y, moviendo pesadamente su enorme corpachón, se alejó en el interior del costoso apartamento que Stylla tenía reservado en el hotel «Mira Ceti». Mientras tanto, Dag quedó allí, con un pitillo en la boca, examinando con volubilidad las decorativas pinturas de los paneles, ejecutadas por un artista solar de reconocida fama galáctica.

Traill penetró en la estancia donde su ama se hallaba. Stylla estaba sentada ante una mesa, hablando ante una máquina grafónica, que recogía en palabras escritas las que ella iba pronunciando. Aguardó a que ella hubiera terminado su mensaje, y cuando esto ocurrió dijo:

—Señora de Wrion, el capitán Kerus aguarda ahí fuera.

Una chispa de interés, prontamente extinguida, brilló en las verdes pupilas de la mujer. Sonrió levemente y murmuró:

—Puede esperar unos minutos más todavía, Traill. Aún tengo que grabar otra carta. Ofrécele de beber mientras tanto.

—Sí, señora —contestó el esbirro, retirándose.

CAPÍTULO IV



ersistía el color rojo en la vestimenta de Stylla, pero ahora no llevaba la larga túnica con que anteriormente la viera el joven, sino que se había transformado en una simple blusa sin mangas y unos pantalones ajustados a la pierna, complemento de lo cual eran unos zapatos de alto tacón y afilada punta.

«Conoce y le gustan las modas solares», pensó para si el joven al verla, dejando sobre la mesita la copa mediada de rojo vino de Ardion.

Estrechó la mano que Stylla le ofrecía y, a un gesto de la mujer, se sentó frente a ella.

—De modo, capitán Kerus —rompió ella el fuego—, que ha decidido variar de opinión, ¿no es así?

—En parte, sí, señora De Wrion…

—Llámeme Stylla, capitán.

—A su gusto… Stylla —dijo él con calma—. He decidido variar

de opinión, pero sólo en parte.

—Me gustaría que se explicara —dijo ella, mirando indiferentemente el inmovilizado brazo de su oponente.

—Puede que la ayude a buscar a su marido, siempre que usted tenga la suficiente paciencia a que yo concluya mi viaje de negocios, Stylla.

La mujer hizo un gesto de desagrado.

—Pensé que habría cancelado sus compromisos, capitán.

Dag movió la cabeza enérgicamente.

—Imposible, Stylla. Eso es algo que no tengo por costumbre hacer.

—¿Entonces…?

—He ahí mi proposición. Usted embarca en la «Circe» conmigo y sigue, naturalmente, la ruta de mi cosmonave. En las escalas podemos hacer investigaciones y, una vez concluido el viaje, yo podré ponerme por entero a su disposición. Para ello me bastará no aceptar ningún cargamento que me sea ofrecido, a no ser que se trate de algo que pueda ser dejado en algún astropuerto de mi ruta, hasta el fin de ésta, naturalmente.

Stylla medito unos instantes.

—Un poco dura es la proposición, capitán —dijo al cabo—. Yo le necesitaba de inmediato.

—Ya le dije lo que tenía que hacer entonces, Stylla: buscar otro patrón de astronave. Los tiene usted a patadas en el Círculo Estelar; es su punto habitual de reunión.

—No —contestó ella con firmeza—. Ha de ser usted o ninguno, capitán.

Dag se extrañó.

—¿Puedo saber los motivos de esa insistencia, Stylla? —preguntó el joven, no sin extrañeza—. ¿Qué tengo yo diferente de los demás capitanes?

Una leve sonrisa apareció en los labios de la joven.

—Tiene usted fama, capitán Kerus, de conseguir todo lo que apetece. No es necesario añadir más, usted ya me comprende, ¿no?

A su pesar, Dag también sonrió.

—Creo que es más la fama que la realidad, Stylla —dijo—. También he tenido mis fracasos, no crea.

—En este asunto no fracasará, capitán —afirmó Stylla sin

sonreír.

—La veo muy segura de ello, Stylla.

—Ocho millones de régulos garantizan el éxito, capitán Kerus.

Dag hizo un gesto desdeñoso con la mano.

—Dinero y éxito son dos palabras que suelen ir siempre muy unidas, pero que no son sinónimas, Stylla.

La joven se encogió de hombros.

—Dejémonos de especulaciones filosóficas, capitán. Yo le contrato a usted porque es el hombre más idóneo, a mi entender, para llevar a buen fin la misión que le encomiendo. Los modos de ejecutarla me son indiferentes, siempre que consiga el triunfo.

—¿Y si no lo consiguiera, Stylla? —sugirió el joven—. Es una eventualidad que siempre hay que tener en cuenta, no lo olvide.

—Lo logrará, capitán. En todo caso, la única que perdería sería yo, que me quedaría sin dinero y casi pobre.

«Pobre… con dos millones de régulos», se dijo para si el joven. «¿Qué será, upa persona rica, pues para ella?».

Dijo de pronto:

—Debe usted querer mucho a su marido cuando empeña tanto en la empresa.

Stylla enrojeció levemente.

—Los asuntos sentimentales son cosa mía, capitán; téngalo bien entendido para lo sucesivo. —Stylla vaciló un momento y luego añadió—: Si no quisiera a mi esposo, no haría lo que hago, capitán Kerus.

Dag se encogió de hombros.

—Está bien; como usted quiera. Y ahora, ¿puedo hacerle unas cuantas preguntas?

—Hágalas, capitán —concedió ella con indiferencia.

—¿Cuánto tiempo hace que falta el exarca de su lado?

—Dos meses solares, aproximadamente.

—¿Manifestó alguno de los motivos por los cuales se ausentaba de Régulo?

—No; simplemente desapareció sin más.

—¿Sabía usted si tenía intenciones de ausentarse?

—Hasta aquel momento se había mostrado muy feliz y amoroso.

—Formaba parte de la exarquía, Stylla. ¿Cuánto tiempo le faltaba para hacerse, cargo de la presidencia?

—Pues… unos seis meses solares aproximadamente, capitán.

—¿No sospecha usted que su desaparición haya sido motivada por causas políticas?

—¿Insinúa usted que Ornitb podía tener algún enemigo a quien no le interesase verle en la presidencia de la exarquía?

—Muy bien pudiera haber sido lo que usted dice, Stylla.

La mujer sacudió enérgicamente los azules cabellos.

—¿Quién iba a tener interés en hacerlo desaparecer, capitán? Allí, en Régulo, como usted muy bien sabe, no hay casi problemas de ninguna clase. Los exarcas son más bien casi un adorno que no unos gobernantes.

—Pero alcanzar un estrado en la exarquía siempre es un alto honor. Y mucho más el sillón presidencial.

—Vivimos a veces hasta quinientos años, capitán, que representan unos ciento cuarenta solares. Naturalmente, es el promedio de vida; hay quien llega a los seiscientos. ¿Qué importancia pueden tener seis años en la vida de un hombre? La hora de sentarse en el sillón presidencial, si es que usted piensa en alguno de sus colegas de exarquía como el posible raptor o asesino, ha de llegarle indefectiblemente. Por lo tanto…

Dag frunció el ceño.

—Pese a los indudables adelantos en que vivimos todavía no se ha conseguido obtener ninguna imagen gráfica de lo que piensa un hombre o cuáles son sus intenciones.

—De todas formas, rechazo contundentemente que haya sido une de sus compañeros de exarquía el autor de su desaparición.

—Pues entonces, ¿por qué ellos no tratan de buscarlo? Régulo es muy poderoso, no tanto por sus fuerzas armadas como por sus riquezas. La desaparición de Ornitb es motivo suficiente para que ellos movilicen todos sus recursos en lugar de dejar que sea usted quien lo haga particularmente.

—Tengo mis razones para ello, capitán —dijo Stylla, apretando los labios.

—Muy poderosas deben ser —comentó irónicamente Dag.

—La de estar casada con él es suficiente, capitán —se ofendió la joven.

—No se enfade, únicamente quiero averiguar todos los detalles posibles con vistas al mejor éxito de mi misión, Stylla. ¿Está

enterada la exarquía, que ahora ha quedado reducida, naturalmente, a una pentarquía, de sus propósitos?

—Sí. ¿Dé dónde se cree, si no, que procede el dinero que le ofrezco, capitán? ¿Quién hay lo suficientemente poderoso en Régulo para obtener diez millones en billetes?

—Luego, entonces usted obra con su consentimiento.

—Exactamente, capitán.

Dag continuó insistiendo.

—¿Y el pueblo… lo sabe?

Stylla denegó con la cabeza.

—¡Ah! —dijo—. Esto quiere decir que se trata de mantener la desaparición de Ornitb en secreto.

—Eso es. Acaso, de divulgarse, se produjeran ciertos desórdenes que los restantes miembros de la exarquía tratan de evitar.

—¿Desórdenes regulianos… o en colisión con otros sistemas?

—Posiblemente ambas cosas. Si los gobernantes de otros sistemas se enteraran de la desaparición de un exarca muy posiblemente concibieran la idea de hacer desaparecer a los restantes. Y usted ya sabe las enormes riquezas que atesoran nuestros noventa planetas para suponerse lo que podría ocurrir. Con la exarquía completa nadie se atreverá a intentar nada que pudiera, llevar a un conflicto galáctico total. Sería un ataque a un gobierno querido y respetado en general y que, a su vez, quiere y respeta a todos los demás.

—¿Y cómo se las han arreglado para ocultar la desaparición de su esposo, Stylla? Los exarcas son gente que se ven mucho en público. Constantemente son fotografiados, filmados y transmitidos todos sus actos, por minúsculos que sean, a los más remotos rincones de la Galaxia. No se puede tener a un hombre como Ornitb dos meses alejado de las cámaras fotográficas y subespaciovisoras.

—Hemos dado la noticia de que está gravemente enfermo y que los médicos han recomendado un aislamiento total, durante el cual sólo me puede ver a mí y al personal sanitario que lo atiende.

—Un poco difícil de creer es esto, con los adelantos medicinales que hay ahora —comentó Dag, como si hablara consigo mismo. Luego levantó la voz—: Está bien; creo que ya no hay más que discutir, Stylla. La espero en la «Circe» dentro de… —consultó su astrorreloj y dijo—: de tres días, siete horas y veintidós minutos.

Sea puntual. El viaje subespacial lo es necesariamente.

—Lo seré, capitán —contestó ella, poniéndose en pie.

Dag la imitó.

—Ah —exclamó Stylla de pronto—. Traill y Ekzel vendrán con nosotros.

—¿Traill y Ekzel? —repitió el joven, intrigado.

—Sí. Son mis… guardaespaldas, capitán.

—Está bien —accedió el joven—. Usted paga… y manda.

Stylla pareció recordar algo entonces.

—Dispense, capitán; voy a hacer que le traigan su dinero.

Dag alzó una mano.

—Lo siento; no acepto el pago de mis servicios hasta después de cumplir el contrato, salvo una pequeña cantidad que cubra gastos. Y por ahora —dijo sonriendo— los tengo cubiertos.

—A su gusto, capitán Kerus —dijo, ella, tendiéndole la mano.

Dag salió del apartamento profundamente pensativo, pero en el momento de cerrarse la puerta le pareció oír un grito de mujer, que en modo alguno podía haber salido de la garganta de Stylla. Tentado estuvo de llamar de nuevo y preguntar lo que había ocurrido, pero temiendo que acaso le llamasen entrometido, cosa que le disgustaba profundamente, se quedó allí, sin saber qué hacer. Le parecía haber oído pronunciar su nombre…, pero no estaba seguro del todo.

Súbitamente se le ocurrió una idea. Mirando en torno suyo se cercioró de que el corredor estaba completamente solitario. Después, sus pupilas se clavaron en un objeto brillante que había al lado del marco de la puerta.

Desde el interior podía verse, por medio de un objetivo televisor, la faz de la persona que quería entrar en el apartamento. Pero ésta, en cambio, no podía divisar lo que ocurría al otro lado. No obstante, Dag era un hombre lleno de recursos y no era la primera vez que empleaba aquél.

Sus dedos trabajaron ágilmente, en tanto que dominaba el dolor que le producían los movimientos del brazo izquierdo. Al fin, con una sonrisa de satisfacción, invirtió las lentes.

Ya no se veía nada en la antecámara donde había estado hablando con Stylla. Todo parecía normal, excepto una cosa.

Una blusa de color verde pálido. No parecía tener la prenda

ninguna importancia, pues era el color usado generalmente por las mujeres capellanas…, pero el corazón de Dag se le oprimió en el pecho al pensar en Atheria. ¿Sería posible que también a ella la hubieran raptado?

Un momento permaneció allí vacilante, sin saber qué hacer. Después, llamándose a sí mismo aprensivo y otras cosas más, colocó el objetivo en posición normal y se marchó hacia el ascensor.

Para asegurarse del todo, en la planta baja del hotel se fue a una cabina dotada de visófono. Marcó al número de la residencia de Salidyan y pidió por la muchacha.

El rostro pálido y sereno de Atheria apareció bien pronto en la placa visora. La joven inquirió:

—¿Qué ocurre ahora, Dag?

—Oh, nada, nada de particular, Atheria. Solamente… quería saber si te encontrabas bien, ¿comprendes?

—Sí, gracias por tu atención, Dag. ¿Y tú… has hablado con Stylla?

—Desde luego. Todo está arreglado.

—Me alegro, Dag. ¿Te veré en los funerales?

—Por supuesto, Atheria. No faltaría a ello por nada del mundo. Procura descansar, ¿eh?

—Así lo haré, Dag —contestó ella, con una triste sonrisa—. Hasta la vista.

—Hasta la vista —contestó él, cortando meditabundo el contacto.

Encendió un cigarrillo y se dirigió lentamente hacia la puerta. Tomó un coche y se encaminó a su hotel.

Al entrar en su apartamento se encontró con una sorpresa. Había dos hombres esperándole.

Se levantaron al verle entrar. Dag se detuvo en el centro del aposento, mirándoles especulativamente.

Uno de ellos, de mediana estatura, moreno, de tez blanca y agradable aspecto, se adelantó hacia él, en tanto que el otro, rubio, algo más alto, con mandíbula cuadrada, quedaba en un discreto segundo término.

Pronto conoció Dag de dónde venían aquellos individuos, a juzgar por las ropas azul-plata que vestían. Pero el moreno ya le tendía la mano.

—¿Capitán Dag Kerus?

—Sí, el mismo —repuso el joven.

—Dispénsenos por haber invadido sus habitaciones, capitán. Pero teníamos necesidad de hablar con usted con toda urgencia. Antes, sin embargo, habremos de presentarnos. Me llamo Joaquín Díaz y mi compañero es el señor Robert Hunter.

—Solares, ¿eh?

—Exactamente, capitán Kerus. Venimos de la Tierra en viaje de negocios… y nos hemos enterado de que está alistando su nave para zarpar rumbo a Régulo, del León.

Dag se acarició la mandíbula, en tanto contemplaba inquisitivamente a sus visitantes.

—Y si así fuera, ¿qué podría ocurrir?

—Nada…, excepto que tenemos necesidad de sus servicios, capitán. Necesitamos un par de literas en su astronave para trasladarnos a Régulo, eso es todo.

—Mi nave es mercante, señores.

—Pero también puede llevar pasajeros, sobre todo si éstos le pagan bien —objetó Díaz.

—Siempre que me convengan los pasajeros, claro está —repuso Dag.

—¡Oh! —sonrió Díaz con suficiencia—. Nosotros le convenimos, capitán. Pagaremos doscientos cincuenta millones de francos solares por el transporte hasta Régulo. «Por cabeza» —subrayó el solar.

Dag notó que de repente tenía necesidad de sentarse, pues las piernas se negaban en redondo a sostenerle.

—¡Quinientos millones de francos solares! ¡Cincuenta mil régulos! —exclamó, aturdido.

—Exactamente, capitán —sonrió Díaz con amabilidad—. Esa suma le será entregada por anticipado si usted lo desea.

Dag sacudió la cabeza.

—Parece ser como si toda la Galaxia se hubiera empeñado en hacerme rico en menos de veinticuatro horas. Esto —dijo con acento pesimista— no puede acabar bien.

—¿Qué es lo que no puede acabar bien, capitán? —Volvió a sonreír Díaz—. Es usted el mejor patrón de astronave que viaja por el espacio. ¿Por qué había de fallar esta vez?

Dag movió la cabeza con pesimismo.

—No lo sé, no lo sé. Es solamente un presentimiento que…

—Sería muy interesante, capitán —dijo Hunter, interviniendo por primera vez—, que nos confirmara usted su aceptación o denegación acerca de nuestra propuesta.

Hubo una pausa.

—He viajado siempre solo, a excepción, claro está, de mis tripulantes. Y ahora, de repente, me encuentro con que la «Circe» se me va a convertir en un transespacial de lujo.

—¿Es que no vamos a ir solos, capitán Kerus? —preguntó Díaz, frunciendo el ceño.

Dag negó:

—Desde luego que no. Hay otros pasajeros con los cuales ya me había comprometido antes de verles a ustedes. Comprenderán que no he de cancelar sus pasajes solamente porque ustedes tengan ese antojo.

Díaz y Hunter se miraron como consultándose mudamente. Al fin, el primero se encogió de hombros.

—Bien, capitán; eso es lo de menos. Con tal de que nos lleve a Régulo en el menor tiempo posible nos conformamos.

—Tendrán que contar con las escalas del viaje. Llevo también carga, cuyo flete está pagado hace meses.

—Lo suponíamos, capitán, y esto entra dentro de nuestros planes. ¿Cuándo es la partida?

Dag consultó una vez más su astrorreloj.

—Dentro de tres días, cinco horas y doce minutos, señores.

Díaz y Hunter se inclinaron a la vez.

—Seremos puntuales, capitán Kerus.

CAPÍTULO V


a tripulación de la «Circe» se componía de cuatro hombres: el segundo, un hombre fiel como un perro a su capitán, llamado Labo, dotado de hercúleas fuerzas, acaso no tan grandes como su sagacidad e inteligencia, y tres individuos, llamados Xowan, Aihen y Fiwuk. Los cuatro poseían la epidermis intensamente rojiza propia de los seres nacidos en el sistema de Markab, estrella alfa de la constelación de Pegaso, y cualquiera de los cuatro hubiera matado sin pestañear a la persona que Dag les hubiera señalado, sin entretenerse a preguntar los motivos que el joven tenía para desear tal muerte. Agudos, inteligentes, dotados de un valor y sangre fría a toda prueba, formaban un equipo como había muy pocos en las naves que se dedicaban al «tramp» interestelar, y cualquiera de ellos hubiera sido un magnífico capitán de espacionave en cualquier empresa comercial si lo hubiera deseado, y pidiendo, además, los emolumentos que les hubiera dado la gana.

Pero estaban muy a gusto con Dag, quien les pagaba espléndidamente, y con él, por otra parte, tenían la continua excitación del riesgo y la aventura, cosa a la que tan aficionados eran los markabianos. El día en que Dag decidiese posar las plantas en tierra firme para siempre, podrían quedarse con la nave y continuar el negocio, o bien retirarse a gozar de un merecido descanso, pues sus ganancias eran espléndidas y todos eran ya enormemente ricos. Este detalle tan sólo bastaba para calificarlos, no sólo a ellos, sino al propio Dag, cuya simpatía personal, que más parecía ser un magnetismo de nueva especie, los atraía hasta el punto de continuar viajando y casi arriesgándose el pellejo en cada empresa. Y aunque eran correctos y educados normalmente con las personas con quiénes trataban, eran tan duros e implacables como la Némesis misma cuando de un ajuste de cuentas se trataba. Entre los capitanes de «tramps» espaciales había mucha competencia, y no siempre por medios lícitos; pero ninguno de ellos se había atrevido a meterse jamás con la «Circe» y su dotación, seguro de que no había rincón en la Galaxia, por remoto que fuera, donde pudiera esconderse para escapar al castigo que después habría de recaer sobre él con toda seguridad.

La «Circe» era un artefacto enorme, en forma de gigantesco disco o plato volador, pero no circular, sino compuesto por innumerables facetas poliédricas, las cuales, a fuerza de abundar, parecían convertirse en una superficie curva, cosa a la cual ayudaba su mismo tamaño, de un diámetro de unos ochenta o noventa metros por quince o veinte metros de grueso. El color era negro, y el metal de que estaba hecha, finamente pulido, de modo que las facetas superiores brillaban espejeantes bajo la luz de Capella, despidiendo fulgores que cegaban la vista. Una planchada de escasa inclinación unía la escotilla inferior, situada casi bajo el vientre del enorme navío, con la tierra, y por ella pasajeros y mercancías embarcaban de modo imparcial, separándose únicamente en su interior para ocupar los unos sus camarotes y ser estibadas las otras en la bodega correspondiente.

Ya sólo faltaban pocos minutos para la partida cuando a Dag le fue anunciada la presencia de Stylla y sus hombres. El joven acudió a recibirla a la escotilla de acceso, viendo que la seguían sus inseparables esbirros, uno de los cuales era portador de una caja de

unos dos metros de longitud por medio de grueso, y que manejaba sin dificultad aparente, pese a su tamaño. El otro llevaba el resto del equipaje, y en la mano de Stylla se veía la famosa cartera conteniendo los diez millones en billetes regulianos.

Stylla captó la inquisitiva mirada que el joven había arrojado sobre la enorme caja. Sonrió, al mismo tiempo que decía:

—Es mi guardarropa de fiesta, capitán.

—¿Ropas de fiesta? —exclamó él, atónito.

—Así es, capitán Kerus. Supongo que en las escalas tendré ocasión de ir a algún sitio donde pueda distraerme, ¿no?

Dag hizo una mueca que podía tomarse por signo de asentimiento.

—Si usted lo dice así… ¡Labo!

El segundo pareció surgir de debajo de las planchas del suelo.

—¿Sí, capitán?

—Enseña a la señora De Wrion su cámara particular. Sus dos servidores deberán alojarse en una sola, ya sabes cuál.

—Sí, capitán. ¿Tiene la bondad de seguirme?

Casi en el mismo momento aparecieron los dos solares. Dag les condujo hasta su cámara, y al volver de ella consultó su reloj, empezando a desconfiar de la llegada de Atheria.

Pero la hija de Quorter subía ya la planchada con ágiles pasos. Tomó las manos del joven y se las estrechó afectuosamente.

—¿Estás bien, Dag?

—No tanto como tú, al parecer, Atheria. Ven, te acompañaré hasta tu cámara.

Los dos jóvenes caminaron a lo largo de un corredor en curva, a cuyo final había una puerta que Dag abrió, dejando ver el interior de un aposento de regular tamaño, una de cuyas paredes tenía una inclinación hacia abajo tan pronunciada que casi parecía formar parte del piso. Un lecho en el lado opuesto y unos cuantos muebles sencillos, pero cómodos, sólidamente sujetos al lugar en que se hallaban, constituían el resto del mobiliario. Una pequeña puertecita, frontera a la de entrada, daba acceso al coarto de aseo individual.

Dag caminó hasta un lugar de la cámara y le enseñó una pequeña palanquita adosada a la pared.

—¿Ves esto, Atheria? Cuando estés sola aquí y desees

contemplar el panorama de las estrellas, no tienes más que bajar la palanquita. ¡Fíjate!

Dag hizo lo que decía, y en el mismo momento el muro inclinado pareció desaparecer, dejando ver en su lugar un buen pedazo de astropuerto, lleno de naves y de gentes que iban de un lugar para otro. Atheria volvió el rostro hacia el joven, mirándole con curiosidad.

—Prácticamente es el primer viaje que hago por el espacio. Al pobre papá no le gustaba mucho que saliera de Djinka. ¿Qué maravilla es ésta, Dag?

El aludido soltó una breve risita.

—No hay tal maravilla —repuso—, sino simplemente la supresión de algo tan estúpido e innecesario como son los «ojos de buey» y las portillas de observación. Es simplemente un convertidor de la estructura molecular, que altera la peculiar del metal, transformándolo de opaco en transparente, pero sin que pueda verse nada del interior de la nave desde afuera, ¿me comprendes?

Atheria asintió con la cabeza. Dag siguió:

—No obstante, te voy a hacer una advertencia que debes tener muy en cuenta. Si cuando tengas ganas de ver las estrellas ves encima de la palanquita encendida la lámpara roja que hay sobre ella no la muevas. Podrías causar una catástrofe, ¿entiendes?

La muchacha sonrió, moviendo sus negros cabellos.

—No mucho, la verdad, Dag; pero si tú dices que lo haga así, así lo haré.

—Gracias, querida —dijo él, acariciándole suavemente la mejilla con la mano derecha, después de lo cual se retiró, no sin haber vuelto el panel metálico a su opacidad primitiva.

Los últimos fardos fueron cargados. Fiwuk, encargado de la estiba, cerró la planchada y dio el parte de que ya podía emprenderse el despegue. Dag estaba ya sentado ante el «piano», colosal máquina calculadora llena de timbres, pulsadores, botones y palanquitas, encima de cada una de las cuales había una diminuta lámpara de variado color. Sus manos volaron, ágiles y resueltas, por encima de aquella confusión de teclas, y luego, en un panel que había frente a sus ojos, se iluminaron de modo súbito media docena de esferas de diferentes tamaños, todos ellos comprendidos entre los cinco y veinticinco centímetros. En cada una de ellas había una

aguja que giraba velozmente, encaminándose hacia un punto situado en la parte superior de una exacta vertical.

Los ojos de Dag fueron de las agujas al astropuerto que tenía frente a si a través del metal alterado molecularmente. Cuando las agujas hubieron alcanzado el punto requerido, el astropuerto fue sustituido instantáneamente por el negro mar de tinta, constelado de billones de puntos multicolores que era el espacio, sin que a bordo de la «Circe» nadie sintiera la menor sacudida ni se percatara, si no lo estaba observando directamente, de que acababan de despegar.

Durante un par de horas Dag permaneció ante el «piano», calculando y marcando la derrota. Una vez el negro espacio fue sustituido por una especie de niebla gris, en la que no brillaba ninguna estrella, pero esto duró unos cuantos minutos solamente: había sido un salto, moviéndose por el subespacio, ganando con ello una aterradora cantidad de años de luz de distancia. Después, y al cabo de aquel tiempo, el segundo le anunció que la comida estaba ya en la mesa.

Dag puso en funcionamiento el piloto automático, pues el próximo salto subespacial no tendría lugar hasta cuatro horas más tarde, y se levantó, con los músculos envarados por la continuada postura. Precediendo a su segundo, se encaminó al comedor.

Nada había en la estancia que recordase era el interior de una cosmonave, a no ser dos de sus facetas, que habían sido transparentadas, dejando ver la negrura del Universo, en la cual destacaba el brillante cúmulo gaseoso en forma de cruz, número 36 del catálogo solar de Messier. Dag lo contempló un segundo con la indiferencia propia del hábito, y luego se volvió para dar la bienvenida a sus pasajeros.

Los solares, Díaz y Hunter, fueron los primeros en aparecer. Casi en el acto surgió Stylla, seguida, como de costumbre, por sus dos silenciosos acólitos, y el capitán de la «Circe» hizo las presentaciones acostumbradas, cosa que hubo de repetir cuando un minuto más tarde llegó Atheria.

Aihen, uno de los tripulantes, apareció con una bandeja llena de copas. Dag la tomó, sonriendo al explicar:

—He estado en más de una ocasión en el Sistema Solar, allí de donde son nuestros amigos Díaz y Hunter, y en aquel lugar he

adquirido algunas que aquí son consideradas como malas costumbres. La del aperitivo, por ejemplo. ¿Una copa, Stylla?

La joven aceptó, no sin un titubeo rápidamente cortado. Atheria rehusó; en cambio, los solares no se hicieron de rogar. Después Dag tomó la suya y sorbió el licor en pequeñas dosis.

—Un vino muy excelente, capitán —elogió Hunter.

—Solar legítimo, señor Hunter —repuso el joven.

—¿Seguro, capitán?

—Ya lo creo —sonrió Dag—. Conozco a más de un capitán de cosmonave que ha estado en su sistema, adquiriendo unas cuantas botellas de licor, para duplicarlas luego en el suyo. Este vino, por supuesto, no es duplicado; puedo asegurarles que yo mismo lo vi embotellar.

—Un vino duplicado no se diferencia en nada del original, capitán —dijo Díaz—, pero ¿no le parece?, siempre sabe mejor el auténtico.

—Desde luego —rió Dag—, aunque sólo sea por el hecho de ser legítimo.

Aihen apareció con una humeante sopera y Dag distribuyó los puestos. Ocupó la cabecera de la mesa, de acuerdo con la mejor tradición náutica, y durante unos momentos nadie habló.

De pronto Díaz, el solar, dijo:

—¿Capitán?

—Sí, señor Díaz.

—Veo que está usted enamorado de todo lo de nuestro sistema. Incluso su nave lleva un nombre solar.

—Así es, señor Díaz —repuso el joven, sonriendo—. Me contaron la historia cuando estuve allí, y al adquirir esta nave la bauticé con el nombre que ahora tiene.

—¿Qué significado tiene el nombre de «Circe», Dag? —inquirió de pronto Atheria.

Dag explicó:

—Oh, pues… Creo que era una diosa o algo por el estilo que se enamoró de un héroe llamado Ulises, que regresaba a su patria, Ithaca, donde le aguardaba su fiel esposa, Penélope.

—¿Y… la abandonó Ulises? —exclamó Atheria con infantil curiosidad.

—Oh, no —repuso Dag—. A punto estuvo, pero otra diosa,

amiga de Penélope, Palas Atenea, hizo volver a Ulises a la cordura, obligando al mismo tiempo a Circe, que según la pintan, debía ser una mujer bellísima, a que devolviera su forma humana a los compañeros de Ulises, a quienes había transformado en unos anímales llamados cerdos en el Sistema Solar.

—Muy interesante la historia, si es legítima —dijo Stylla, mirando de modo inequívoco a Díaz.

El solar enrojeció levemente.

—Señora De Wrion, han pasado ya tantos miles de años desde entonces, que ya nadie, en nuestro sistema, sabe si aquello es una leyenda o, por el contrario, fue realidad.

—Lo cierto es —terció Hunter sonriendo— que la «Circe» de nuestro capitán, o sea su cosmonave, le atrae tanto que no quiere dejarla nunca.

Dag hizo caso omiso de la alusión.

—En este caso —dijo—, no necesitaré de la ayuda de una diosa para abandonarla el día en que me decida a dejar la profesión. «Circe» es un nombre que me agradó… y eso es todo.

Atheria abrió la boca para hablar, pero en aquel momento una ligera sacudida hizo trepidar toda la estructura del aparato. Una copa de fino, vidrio vaciló un instante, y luego, antes de que nadie pudiera sujetarla, cayó al suelo, fragmentándose en mil pedazos con argentino sonido. Dag frunció el ceño.

Miró hacia el panel transparente y lo vio grisáceo por completo, sin rastros de las estrellas que unos instantes antes lo llenaban. Al lado de su mano tenía un intérfono y movió la palanquita, llamando al tripulante de guardia.

—Xowan, ¿quién diablos te ordenó dar un salto subespacial?

La voz del markabiano tardó un segundo en llegar, pero cuando lo hizo vibró con un acento en el que había una total ausencia de tranquilidad.

—Capitán, no he dado ningún salto subespacial. Es… es un…

La voz de Xowan se quebró de pronto en un aullido agudísimo, cortado súbitamente, como si acabaran de degollar al hombre. Ni uno solo de los que habían escuchado aquella cortísima conversación a través del megáfono del intérfono dejó de palidecer terriblemente.

Dag arrojó una rápida mirada a la pared transparente, que

continuaba con su tono grisáceo y, en un segundo, tomó una determinación.

—¡Labo, cierra la puerta del comedor! ¡Estanqueidad absoluta!

El segundo, sin preguntar las razones por las cuales obraba así su superior, saltó hacia la puerta, cerrándola de golpe. Luego manejó una especie de ruedecilla que había al lado, justo en el momento en que al otro lado se oía una especie de blando choque que erizó los cabellos de los presentes.

—¡Capitán! —exclamó el segundo, lívido como un difunto—. ¡Tenemos a bordo un «kradok»!

Las manos de Dag se agarraron al borde de la mesa hasta que sus nudillos blanquearon, en medio de un denso y ominoso silencio. De pronto, aquella siniestra calma fue quebrada por un agudo grito de la muchacha.

—¡Miren! —chilló histéricamente, señalando hacia el panel que los separaba del espacio. Todos siguieron instintivamente la dirección de su mano y el espectáculo que contemplaron les llenó de pavor.

En la masa grisácea qué había al otro lado aparecieron de repente unos puntos brillantes, de color rojo amarillento, que se movían continuamente de un lado para otro, sin pararse jamás. Aquellas chispas de luz, esféricas, semejantes a burbujas de un jabón de nueva especie, aparecían como cabecitas de alfileres, aumentando rápidamente de tamaño, hasta dejar ver en su centro otro punto negro, aún más brillante, en cuyo momento, y al cabo de un segundo, estallaba, desapareciendo para reaparecer en la misma forma en otra parte de la nube gris. Había siempre una docena de esferas de luz, naciendo, creciendo, estallando y desapareciendo por fin, sin que aquello pareciese tener término.

Pero como pasaran unos minutos y la situación pareciera haberse estabilizado, los ánimos se calmaron un tanto. Stylla recobró la tranquilidad hasta el punto de preguntar:

—¿Qué es un «kradok», capitán?

Dag se mordió los labios.

—Un animal fantástico, cuya existencia no podría creerse de no estar viéndolo ahora, como lo estamos viendo. Vive en el espacio, en forma de gas, y es suficiente una ligerísima rendija para colarse en el interior de una nave y devorar a todos sus ocupantes. Por ello

mandé la estanqueidad absoluta de este comedor, pues es seguro que a estas horas el infeliz Xowan ha desaparecido ya en las fauces de ese monstruo.

—Debe ser enorme para rodearnos por completo —comentó Stylla, estremecida.

—Siendo un animal en forma gaseosa, es obvio que puede aumentar o disminuir su tamaño a voluntad. Por ahora, y a lo que parece, nos ha rodeado; por completo, como muy bien ha dicho la señora De Wrion.

—Pero —objetó Díaz— habrá algún medio de combatirlo, ¿no?

Dag enseñó las palmas de sus manos, completamente desnudas.

—¿Con qué, señor Díaz? Todos los medios de que puedo disponer están al alcance del monstruo, en la sala de mandos, a la cuál no podemos llegar, so pena de perecer en el acto. Ignoro cómo se las apañó para entrar dentro, pero muy bien hubiera podido ser por alguna débil rendija de la escotilla de carga, no exactamente ajustada en el momento de la partida. Un orificio de una milésima de milímetro, no señalable por nuestros detectores de escapes de aire respirable es suficiente para que el «kradok» haya invadido nuestra nave, bloqueándonos aquí, en el comedor.

—¿Y… y qué ocurrirá después, capitán? —preguntó Stylla, vacilante.

El joven se encogió de hombros, irresoluto por primera vez en muchos tiempos.

—Es una pregunta a la cual, francamente, no puedo dar la menor respuesta, Stylla.

Y después de estas palabras un espeso y amenazador silencio se abatió sobre la cámara, en tanto que en el exterior aquellas burbujas rojo amarillas, que parecían las pupilas del monstruo estelar, continuaban apareciendo y estallando en una danza macabra que no parecía tener fin.

CAPÍTULO VI


a situación, veinticuatro horas más tarde, continuaba siendo la misma, sin que en ella se hubiera experimentado la menor variación. El monstruo continuaba envolviendo a la nave con su apretado abrazo, y la «Circe», bajo su primitivo impulso, seguía su ruta por el espacio, a velocidades planetarias que, no obstante, alcanzaban con toda facilidad a un sexto de la luz. Los puntos luminosos proseguían su danza macabra, sin que desde el primer momento hubieran dejado de agitarse en todos sentidos.

Nada, había variado.

Los víveres de la comida se habían concluido ya, y excepto una jarra de agua que se había dejado como último recurso, no había allí nada que pudiera servir de alimento a los que, en cierto modo, podían considerarse como unos náufragos del espacio.

Dag encendió su enésimo cigarrillo, y juego cruzó los brazos, colocándose ante uno de los transparentes paneles de la nave,

contemplando con sombrío aspecto el incesante agitarse del «kradok», lo que realmente podía considerarse como la imagen del movimiento continuo. Expulsó unas cuantas bocanadas de humo, y luego giró levemente la cabeza al oír una voz a sus espaldas.

—Capitán —dijo Stylla—, ¿cree usted realmente que hemos agotado todas las posibilidades de enfrentarnos con el monstruo?

Dag emitió una risita que tenía una buena dosis de sarcasmo.

—Nada de eso, mi querida señora de Wrion. Podemos enfrentamos con el «kradok» siempre que lo queramos. Para ello será suficiente abrir la puerta del comedor, ¿no es cierto, Labo?

El segundo no se dignó contestar a la sangrienta broma de su jefe. Stylla, por el contrario, dio una patadita de impaciencia en el suelo.

—No es eso a lo que yo me refería, capitán. Simplemente quise decir si no tenemos a mano ningún arma que pueda servirnos para destruir esa horrenda bestia.

—No tenemos otras que los cuchillos y los tenedores, Stylla —contestó Dag fríamente, volviendo la espalda a la fiera—. ¿Y cómo piensa que se puede combatir contra un animal que es sólo un gas con un cuchillo de pescado o un tenedor de postre?

Díaz, el solar, se adelantó un paso.

—¿No hay ningún otro medio que seguir aquí por tiempo indefinido, capitán? Pronto el hambre empezará a dejar sentir sus efectos y…

—En lo que a mí respecta —dijo Hunter—, si en vez de ser metálica esta mesa, lo fuera de madera, hace ya tiempo que la habría emprendido a bocados contra ella.

Ninguno tenía ganas de reír, por lo que la salida de Hunter pasó en medio de un helado silencio. Sin embargo, Díaz habló de modo casi repentino:

—Capitán, ¿no opina que, acaso, el fuego pudiera ser un buen medio de deshacernos de esta fiera?

—Eso tengo entendido, señor Díaz —repuso calmosamente Dag—; pero ¿quiere decirme de dónde saco el fuego si no es de mi encendedor?

—Tiene los chorros de la nave. Utilícelos.

Una leve sonrisa conmiserativa apareció en los labios del joven.

—Se ve que vienen ustedes de un sitio donde aún se siguen

utilizando esos anticuados medios de propulsión para sus ingenios espaciales —repuso Dag—. Mi nave tiene los últimos adelantos en materia de astronáutica y no utiliza para nada el impulso de la reacción producida por la combustión de una masa, bien sea sólida, líquida o gaseosa.

—¿Qué diablos emplea, pues, para navegar por el espacio, capitán? —preguntó el solar.

—Simplemente, la atracción gravitacional de los astros, señor Díaz. Últimamente se descubrió el método de encauzar por medio de canales de ondas al modo de las hertzianas, la gravedad de un astro, cualquiera que fuera su clase, lo mismo estrella que planeta. Utilizando este método, la nave viaja por el universo, al mismo tiempo que anula, en la potencia requerida, la del astro opuesto o de aquél en cuya superficie se halla, para poder despegar. Es obvio, pues, que no precisamos de chorros ni toberas impulsoras, con los cuales abrasar al «kradok». Esto vale, por supuesto, para la navegación normal; no así en cuanto a la subespacial, en la cual se utiliza, como usted sabe, el método espaciotemporal, tomando al tiempo como una dimensión más.

—Entiendo, capitán —asintió Díaz, meditabundo—. De todas formas, si pudiésemos llegar hasta la cámara de mandos…

—¡Ni hablar! —replicó vivamente Dag—. Intentar salir de aquí, en las condiciones en que nos hallamos, es hacer oposiciones a la muerte de todos cuantos nos hallamos en este lugar.

—¿Y los trajes espaciales?

—¿Dónde están? —replicó Dag irónicamente—. Aun suponiendo que pudiéramos llegar hasta ellos, queda el problema de la válvula de expulsión del ácido carbónico producido por la respiración. Por ese orificio se introduciría un pequeño fragmento del «kradok», y ¿qué cree que ocurriría entonces?

Después de estas palabras, se hizo un penoso silencio en la cámara. Lo rompió Stylla unos minutos más tarde, diciendo:

—En resumen, capitán; que no nos quedan más que dos formas de morir; de hambre o a manos, si se me permite la frase, de esta fiera.

Dag inclinó la cabeza, y luego volvió la espalda, sin contestar siquiera. Realmente, y tal como acababa de pintarla Stylla, la situación era crítica en extremo. Pateó el cigarrillo, furioso por lo

que, en medio de todo, consideraba como un rotundo fracaso, y luego volvió a mirar afuera.

Stylla se le aproximó.

—¿Hacia dónde íbamos en el momento de encontrarnos con el «kradok»?

—Estábamos en el canal gravitatorio de Upsilon del Auriga, y hacia esta estrella nos encaminamos ahora —contestó el joven.

—Eso vale tanto como decir que o nos deja el «kradok» libres o acabaremos en el infierno solar de Upsilon.

—¡Sí!, si antes no nos estrellamos contra alguno de sus planetas.

—Pero al llegar cerca de uno de estos astros, el animal nos soltaría.

Dag se echó a reír.

—Estimada señora de Wrion: mucho antes de que suceda todo esto, nos habremos muerto de hambre. No tema, pues, por ese choque; nosotros no lo veremos.

—¿Y ni aun teniendo una pistola atómica podríamos deshacernos de él?

—¿De qué nos serviría? Los proyectiles nucleares sólo estallan cuando chocan contra algo que tenga la suficiente densidad. Pero el «kradok» es un gas simplemente. Tanto daría que empezara a cuchilladas contra él.

Stylla se encogió de hombros.

—Bueno —dijo—; entonces ya sólo nos queda una cosa que hacer.

Dag la miró inquisitivamente, sin hablar. Ella dijo:

—Sí; echar a suertes para ver a quien le corresponde el honor de pasar a los estómagos de les demás.

Alguien soltó una nerviosa risotada.

—La carne cruda sabe mal, señora de Wrion, y supongo que la de los humanos no ha de constituir una excepción —dijo el segundo de a bordo.

Los ojos de la joven llamearon, pero no contestó de una forma directa. En lugar de ello, dijo:

—Sin embargo, capitán, yo tendría verdadera precisión de alcanzar mi cámara.

—¿Por qué?

Stylla vaciló, se mordió un segundo el labio inferior y acabó por

contestar:

—Eso es algo que sólo me compite a mí, capitán. Pero, aunque, hasta ahora no he dicho nada, fue porque no lo creí oportuno. No obstante, en estos momentos estimo que es de verdadera urgencia el que yo llegue hasta allí.

—Si solamente se tratara de usted, Stylla —dijo Dag calmosamente—, no tendría el menor inconveniente en dejarla llegar hasta su cámara. Pero hay otras vidas que conviene tener en cuenta, y por ello me niego rotundamente a permitirle la salida del comedor. Con la más pequeña rendija, el monstruo penetraría hasta aquí y nos devoraría a todos en un santiamén, como lo hizo con el tripulante de guardia.

—¿Cómo puede ser que un animal cuya morfología es completamente gaseosa sea capaz de devorar a un hombre, capitán? —inquirió el solar Hunter.

Dag se encogió de hombros.

—En cuanto a eso, no puedo decirle nada, señor Hunter. Lo único que sé es que el «kradok» es un voraz devorador de toda clase de substancia orgánica, bien sea animal o vegetal. A estas horas no queda ya el menor rastro del desgraciado Xowan y, si el monstruo hubiera penetrado aquí, hallando, como usted sugirió antes, algún mueble de madera, en lugar de acero y plástico, tenga en cuenta que esa mesa o esa silla de madera hubiera sido devorada también.

—¡Canastos, con el animalito! —exclamó Díaz—. Vamos, que no le hace ascos a nada, ¿eh?

—Así es —contestó Dag, encendiendo de nuevo un cigarrillo.

Contempló la llamita del encendedor unos segundos y luego, meneando la cabeza, lo apagó y lo guardó en el bolsillo de la blusa.

De pronto, una idea cegadora brilló en su mente. Se volvió hacia la concurrencia, mirándola con ojos brillantes por la excitación. Y, a su vez, todos le miraron a él.

—¿Halló la solución, capitán? —inquirió Stylla, esperanzada.

—Creo que sí. Es difícil, arriesgada…, pero no podemos emplear otro medio si queremos salir con vida de aquí.

—¿Qué es lo que va a usar, capitán? —preguntó el solar Díaz.

Dag le miró de soslayo.

—Usted habló antes del fuego. Pues bien, ¡vamos a emplear el fuego contra el «kradok»!

—¿De qué manera? ¿Cómo? ¿Con qué? —Fueron las preguntas que se atropellaron en todos los labios.

La mano de Dag se alzó, dejando brillar en ella el metal del encendedor.

—¡Aquí está el fuego, amigos! ¡Esta cosa tan pequeña es la que va a vencer al monstruo!

—Pero, aquí no hay nada a qué prender fuego —exclamó Stylla, pensando en que acaso el joven había perdido la razón.

—La señora de Wrion habla sensatamente, capitán —dijo Hunter —. Incluso nuestros ropajes son incombustibles, de modo que… no se va a prender fuego a usted mismo para lanzarse contra ese bicho, ¿verdad?

Dag sonrió de una manera un tanto misteriosa. Dijo:

—Pues…, en cierto modo, señor Hunter, así es. El fuego espanta al «kradok», aunque se necesita algo más que la simple llama de un encendedor para combatirlo. No obstante, yo tengo el método para expulsarlo de nuestra nave.

—¿Qué método es, capitán? —inquirió Stylla ansiosamente.

Dag se fue hacia la mesa del comedor, en la cual habían comido veinticuatro horas antes, unas diez personas, y en donde había sobrado espacio para tres veces más. El joven tomó una de las puntas del blanco mantel y la asió con fuerza.

—¡Esto arderá…, puesto que es de hilo puro solar, no sintético e incombustible como las demás prendas nuestras!

Stylla lo miró con admiración.

—Es usted un genio, capitán —dijo.

—Nada de ello, sino un hombre a quién le gustan las cosas buenas. El vino solar ha de ser legítimo, no duplicado, y lo mismo me ocurre con las demás cosas que compro en aquel sistema.

Dio un fuerte tirón al mantel, y lo arrastró, sin importarle derribar con gran estrépito la vajilla que había sobre la mesa.

—¿Cómo lo piensa hacer, capitán? ¿A manera de una bola de trapo ardiente?

Dag sacudió la cabeza.

—En absoluto. Además no pienso combatir con el monstruo, sino únicamente pasar a través de su estructura, protegido por las llamas del mantel. Ustedes, los solares, fuman, ¿verdad? —Y ante el asentimiento de Díaz y Hunter, prosiguió—: Muy bien; entonces ya

son tres llamas las que harán arder esta pieza de tela. Escúchenme un momento con atención…

Dag fue parco en palabras, pues su plan no tenía grandes cosas que desarrollar. Al terminar, todos se pusieron a ayudarle frenéticamente, y unos minutos más tarde ya estaba recubierto de prendas de ropa incombustibles, procedentes de los pasajeros y tripulantes, quienes, a excepción de las mujeres, se habían despojado de cuantas habían podido en forma compatible con la natural decencia. Dag se envolvió incluso las manos, vendándose hasta las piernas, y luego se dispuso a taparse el rostro con una especie de capucha fabricada a tirones en unos instantes.

Fue entonces cuando Atheria, levantándose bruscamente, habló casi por primera vez desde que cayeran en aquella difícil situación. Corrió hacia él y le tomó ansiosamente por los hombros.

Por favor, Dag, cuídate mucho. Si tú faltaras…

El joven la miró con ternura.

No te preocupes, nena —dijo—; saldré con bien de la aventura. ¡Labo! —llamó a su segundo.

—¡Sí, capitán!

Ya sabes lo que hay que hacer. Procura ser rápido.

—Sí, señor. Confíe en mí.

Después Dag miró a los solares.

Ustedes también saben lo que han de hacer. No se descuiden y obren sin miedo.

Después de estas palabras, Dag acabó por echarse la capucha, anudándosela por completo al cuello. La oscuridad cayó sobre él, al mismo tiempo que notaba la leve presión del mantel sobre su cabeza y sus hombros de modo que la tela, como si fuera una túnica, llegaba hasta el suelo. Unos segundos más tarde, su nariz percibió el olor de tejido quemado, y distendió todos sus músculos para la carrera que unos instantes más tarde habría de emprender.

Notó un aumento de calor en sus piernas. La temperatura subió más, hasta que le alcanzó a la cintura, manteniéndose en ésta unos cortos segundos. El ruido de las llamas ya era perceptible fácilmente, en tanto que todo él se sentía rodeado de un calor intolerable.

De pronto, algo, no supo qué, le tocó la espalda. Un aullido sonó en la estancia.

—¡Listo, capitán!

Sin entretenerse más, el joven salió corriendo convertido literalmente en una antorcha humana, soportando difícilmente el calor terrible que despedía el mantel incendiado, el cual, merced a sus grandes dimensiones, había sido doblado en varias partes, cosa que aseguraba aún más la duración del incendio.

Tropezó en un peldaño, rodando por el suelo hecho una pelota. Las llamas rugían en sus oídos, y la piel le quemaba de modo intolerable. Se levantó y a ciegas, aprovechándose de su perfecto conocimiento de la nave, corrió hacia la cámara de mando.

Mientras tanto soportaba de modo estoico aquel horrible tormento, ignoraba qué había ocurrido a los restantes pasajeros. Se retorció, presa de crueles dolores provocados por la intensísima temperatura, en tanto que continuaba su camino, tropezando con los mamparos. Se estrelló contra el marco de una puerta, y la nariz le resultó seriamente dañada. Retrocedió un par de pasos, en medio de un mar de llamas, sintiendo un calor de horno en sus pulmones, y luego, extendiendo las manos bajo el fuego, tanteó la pared hasta hallar el hueco.

Agotado, sin aliento, se desplomó. No sabía qué había hecho el monstruo, ni si aún estaba rodeado por su repelente y devoradora masa gaseosa, por lo que no se arriesgó a desprenderse de su ardiente capa protectora, que le recordó, en un fugaz relámpago, una leyenda mitológica solar que oyera años antes: la de la túnica de Neso[2]. Llorando de rabia y dolor, se arrastró por el suelo.

Rodó por los peldaños de una corta escalera, golpeándose duramente los costados contra las metálicas aristas. En medio de todo, el dolor le alegró, porque sabía que así estaba más cerca del «piano». Un trozo del mantel ardiendo se le introdujo por alguna rendija de sus ropajes incombustibles, que habían alcanzado una extraordinaria temperatura, y la quemadura le hizo lanzar un bestial aullido. Se levantó y saltó hacia adelante.

Algo muy duro le golpeó la frente. Miríadas de chispas multicolores que nada tenían que ver con el fuego que le rodeaba, aparecieron ante sus ojos. Mas, a través de los vendajes protectores, que parecían hechos de láminas metálicas puestas al rojo vivo, notó el consolador contacto de los diales del panel de mando.

Se arrancó frenéticamente los trozos de tejido incombustible de

las manos, arriesgándose a recibir en ellas el fiero zarpazo del «kradok». Esto no ocurrió, pero en cambio las llamas del mantel le quemaron los dorsos. Un chorro de fuego ardiendo pareció penetrarle por los pulmones al respirar ansiosamente.

Próximo ya al sincope, sus dedos volaron de modo automático por los conmutadores, buscando una transición. Debía llevar la nave al subespacio, saltando de aquel normal en que se encontraban, único medio de deshacerse del monstruo que, estaba seguro de ello, habría retrocedido, pero continuaría aguardando de nuevo una ocasión propicia para lanzarse sobre ellos otra vez.

No supo cuánto tiempo había transcurrido en aquella situación. La temperatura creció horriblemente, al mismo tiempo que le parecía estar alimentándose de fuego puro. Súbitamente, cuando menos lo esperaba, algo muy frío, terriblemente helado, cayó sobre su martirizado cuerpo.

Se derrumbó como una masa inerte, en tanto que varios chorros de agua apagaban los rescoldos que aún quedaban del fuego. Varias manos le despojaron de las todavía abrasadoras ropas y una voz de mujer le habló ansiosamente.

—¡Dag, Dag, contéstame! ¿Estás bien? ¿Me oyes?

El joven trató de abrir los ojos. Pero no pudo; aquella lucha contra el fuego había sido demasiado y desfallecía rápidamente. Un reparador telón de negrísimo color cayó sobre su conciencia y Dag ya no supo más.

CAPÍTULO VII

espertó con todo el cuerpo dolorido y, más que esto, como si le hubiera salido un sarpullido de molestos efectos. Toda la epidermis le picaba intensamente, y enseguida adivinó que se trataba de los efectos curativos de la celulina que; indudablemente, le había sido aplicada hasta en los menores recovecos de su piel.

Alguien lanzó un grito de alegría al verle abrir los ojos. Atheria se lanzó sobre él, abrazándole estrechamente.

—Dag, ¿estás bien?

El joven sonrió.

—Perfectamente, muchacha —dijo, íntimamente halagado por la solicitud de Atheria. De pronto recordó algo—: ¿Y el «kradok»?

—Huyó, Dag. Apenas se abrió la puerta, su masa gaseosa empezó a invadir el comedor, pero retrocedió al instante, ahuyentado por la masa de llamas que despedías. ¡Dag, qué espectáculo, ofrecías! Te juro que en mi vida he pasado tan mal rato

como cuando te vi salir del comedor, dando bandazos y tropezando por todas las paredes. Debiste sufrir mucho, ¿no?

El joven se estremeció al recordar lo ocurrido.

—Un poco —dijo modestamente—. Pero ya todo pasó, ¿verdad?

Ella asintió y, de repente, dándose cuenta de que aún tenía los brazos unidos al cuello de Dag, deshizo el abrazo, retrocediendo un paso, entre confusa y satisfecha.

—Acércate, Atheria —dijo—. ¿Por qué has hecho esto?

La muchacha desvió la vista, sin contestar. Sus mejillas enrojecieron aún más.

Dag sonrió comprensivo.

—De modo que te has enamorado de mí, ¿eh? ¡Vaya, vaya!

—¡Oh, Dag! ¿Es necesario que me tortures de esta manera? —se lamentó ella.

—¿A qué llamas tortura? Yo no lo considero así, muchacha; por el contrario… Dime, ¿y desde cuándo…? —Y dejó sin acabar la frase.

—Todavía no me has dicho si tú me amas a mí también —murmuró ella, sin mirarle al rostro, brillante por la protectora capa de celulina regenerativa de las células destruidas por las quemaduras—. Y, además, ¿por qué me ibas a querer tú a mí? Viajas tanto, y ves tantas mujeres tan bellas y hermosas, que nunca me hice ilusiones ni se me ocurrió pensar en que tú vieras en mi algo más que la hija de tu amigo Quorter.

—Pero es que la existencia que llevo yo llena de peligros y azares no es la más apropiada para una mujer como tú, Atheria.

—Lo cual quiere decir que no te ajustarías a abandonarla y sentar tu cabeza, dejando para siempre los viajes por el espacio, ¿verdad?

Dag no contestó de momento. Tardó unos segundos en decidirse.

—Desde muy joven he sentido la llamada de las profundidades siderales, nena. Ya llevo un montón de años así, y ahora me resultaría muy duro dejarlo todo de golpe.

—Entiendo —dijo ella, abatida—. Ni siquiera por mí lo harías, ¿verdad?

Dag frunció el ceño.

—Has dicho que me quieres, ¿no? Y si no lo has dicho, se supone, dada tu actitud, sin que en mis palabras haya la menor

presunción ni fanfarronería, Atheria. Si eso es cierto, no deberías oponerte a que continuara con mi profesión.

Los negrísimos cabellos de la muchacha se agitaron al mover ella la cabeza de derecha a izquierda.

—Desde que era una niña te admiré y te quise, Dag. Venías a mi casa, aureolado por tu fama de hombre duro y aventurero, y esto hizo que te levantara un altar en mi corazón. Pero en el caso positivo de que tú correspondieras a mis sentimientos, yo no toleraría que te separaras de mí. Eres rico y el dinero no te hace la menor falta. Alguna vez, pues, has de dejar esta vida y sentar la cabeza. ¿Por qué no ahora, antes de que la pierdas para siempre? La buena suerte no es eterna, Dag, compréndelo.

El joven soltó la mano de Atheria, que cayó inerte sobre su regazo.

—Dudo mucho que me acostumbrase a una vida de ociosidad inútil, muchacha. Cuando se ha vivido tanto tiempo en el espacio como yo…

Atheria se puso en pie.

—Es inútil que sigamos discutiendo, Dag. Veo que no me amas lo suficiente, pues de lo contrario no habrías vacilado en acceder a mis deseos. Seguiré contigo, pues he de castigar a los asesinos de mi padre. Pero sólo hasta entonces. Una vez lo hayamos conseguido, nos separaremos para siempre.

Y después de estas palabras, la muchacha salió de la habitación con paso rápido, dejando tras sí a un capitán de cosmonave lleno de confusión y enojo.

—¡Las mujeres son el diablo! —renegó el joven entre dientes—. No saben más que echar las cosas a perder. ¿Por qué habrá tenido esta mocosa que…?

Dag no pudo terminar su corto monólogo, porque en aquel momento penetró su segundo, Labo. En los gruesos labios del markabiano se dibujó una leve sonrisa de alegría al ver repuesto a su capitán, pero esta sonrisa se borró bien pronto, siendo sustituida por una expresión de cólera mal contenida.

—¿Qué te ocurre, Labo? —preguntó Dag, dándose cuenta del gesto de su segundo.

—Novedades, capitán. Novedades… y ninguna de ellas agradable —dijo Labo, sin ningún preámbulo.

—Explícate de una vez y no te andes con rodeos inútiles. ¿De qué se trata?

Labo asintió.

—En primer lugar, le diré que tengo encerrada en su cámara a la señora de Wrion, y a sus esbirros en la suya, bajo, siete llaves.

La sorpresa de Dag fue tan enorme que, olvidándose de su estado, se sentó de un salto en el lecho.

—¿Qué? ¿Qué estás diciendo, Labo? ¿Te has vuelto loco? ¿En nombre de quién has cometido esa barbaridad? Stylla es la esposa de un exarca, uno de los hombres más poderosos de la Galaxia, ¿no te das cuenta?

Labo sonrió desdeñosamente, al mismo tiempo que, sin ningún respeto para su superior, escupía a un lado.

—Conque la esposa de un exarca, ¿eh? Ya le daría yo… si estuviera en mis manos, capitán. Mejor que ese título le conviene el de asesina, para que lo sepa de una vez.

—¡No sabes lo que te estás diciendo, Labo! —gritó Dag.

Pero el segundo no se amilanó. Miró fijamente a su patrón y dijo:

—¿Tiene usted en las piernas las suficientes fuerzas para caminar unos cuantos pasos? Puede apoyarse en mí, si así lo desea.

Dag echó a un lado la sábana que le cubría y colocó las piernas en el suelo. El escozor de la piel quemada se acentuó y hubo de morderse los labios para no prorrumpir en un aullido de dolor.

—Dame ropas —gruñó.

El segundo empezó a buscar en un armario próximo, y sacó, unos «*shorts*» y una blusa, así como un par de blandas sandalias, prendas con las cuales el joven, ayudado por el markabiano, se vistió en unos momentos.

—Capitán —dijo Labo en tanto caminaban—, sé que es usted un hombre de probado valor, de lo contrario, no le enseñaría lo que le voy a enseñar ahora. Y si después de verlo no arroja a la señora de Wrion por una esclusa, entonces, yo…

—¡Cállate de una vez! —gritó Dag.

Estaba furioso, exasperado, no por las palabras de su segundo propiamente, sino porque presentía que, en medio de todo, Labo tenía razón absoluta, y que no habría encerrado bajo llave a Stylla en su cámara sin un motivo muy poderoso. Tal gesto podía ser

calificado como una injuria a la esposa de un gobernante, y los regulianos armarían un escándalo fenomenal, después de lo cual, lógicamente, vendrían las reclamaciones, su pérdida de patentes y… Se estremeció, pensando en el desastre que tenía encima, a punto de abatírsele, de no obrar con rapidez y astucia.

Con uno de sus brazos apoyado en el hombro de Labo, caminó hasta llegar a su propia cámara, en la que penetró, viendo en el centro de ella una caja. La reconoció enseguida: era la que Stylla cargara a bordo, llevándola a su cámara, sin consentir en que fuera estibada en las bodegas de carga.

Frunció el ceño al mirar a Labo.

—¿Qué diablos hay ahí dentro? —inquirió.

Su segundo se echó a reír.

—Siéntese primero, capitán; le va a hacer falta.

Intrigado, Dag hizo lo que le decían, quedando al lado de la caja. Labo soltó los cierres, y luego, con las manos sobre el asa de la cubierta, lo miró un segundo con una expresión cargada de ironía. De pronto, dio un tiró y levantó la tapa.

También Dag se levantó de un salto, olvidando sus quemaduras, al ver lo que había en el interior de la caja. Tan aturdido se quedó, que pareció incluso haber perdido el habla.

—¡Espacio! —gritó—. ¿Qué es eso?

—Eso —subrayó el segundo—, es lo que queda de la persona que Stylla se trajo a bordo. La debió subir en esta caja, hipnotizada, y cuando nos encerramos en el comedor, guardándonos del «kradok», no pudo acudir en socorro de este infeliz. Sea quien fuera el que estaba en la caja, hombre o mujer, murió devorado por la bestia, como usted puede apreciar fácilmente.

Los espantados ojos de Dag volvieron al esqueleto que yacía en el interior de la caja, cuyos huesos estaban ya medio corroídos por la poderosa acción destructora del monstruo gaseoso. Algunos de ellos, los más pequeños, faltaban incluso. Pero, de pronto, su vista se fijó en un detalle.

—¡Era una mujer, Labo! —exclamó, señalando un brazalete metálico que rodeaba todavía los huesos del brazo izquierdo.

—Así es, capitán. Pero ¿quién?

El joven crispó los puños. Una oleada de roja cólera pasó ante sus ojos. Por un momento pareció que le iban a saltar de sus órbitas,

pero no sin grandes esfuerzos logró contenerse.

—Llévame a la cámara de la señora de Wrion, Labo —dijo.

—Cuidado, jefe —le recomendó el markabiano—; no vaya a cometer una imprudencia de la que más tarde tenga que arrepentirse. Ya sabe que le somos fieles, pero…

—¡Llévame allí, te digo! —aulló, exasperado; y el segundo, obediente, no insistió ya más.

Stylla se volvió al oír abrir la puerta de su encierro y, reconociendo a Dag, quiso irse hacia él.

—Capitán —gritó—, ¿qué significa este ultraje? He sido encerrada aquí y…

—Tiene usted suerte en haber sido sólo encerrada, señora Wrion —dijo Dag con glacial acento—. Si de lo sucedido veinticuatro horas antes, yo me hubiera, enterado, ahora estaría usted muerta ¡Muerta como la joven que el «kradok» devoró cuando asaltó mi nave!

Stylla palideció visiblemente, retrocediendo un par de pasos.

—Capitán… —balbució—. Yo no…

Soltándose de Labo, Dag avanzó un par de pasos hacia ella.

—¿Por qué raptó usted a la hija de Quorter de Salidyan, Stylla? ¿Por qué se la trajo hasta aquí encerrada en esa caja, en donde pereció devorada por el monstruo? ¡Vamos, contésteme a esas preguntas!

Stylla se irguió, desafiando al joven con una fría sonrisa.

—¡Está delirando, capitán! —le contestó irónicamente—. Reconozco que se portó como un héroe, salvándonos a todos de la muerte, pero las quemaduras sufridas le han hecho perder la razón. Atheria está viva, al otro lado de la nave. ¿No la ha visto usted todavía, capitán?

—He visto a la doble que usted contrató para sustituirla en su casa y para que me engañase a mí, trayéndome a su lado para ayudarla a conseguir sus sucios planes, Stylla.

—Eso no es cierto, Dag Kerus —chilló Stylla, palideciendo de pronto—. ¡Está mintiendo descaradamen…!

—¡Cállese! He tardado en verlo, pero ahora ya lo sé de cierto. Usted hizo raptar a Atheria, sustituyéndola por una muchacha cuyo rostro había sido transformado previamente en el de la hija de Quorter, mediante una habilísima intervención quirúrgica. Incluso

sabían su vida y milagros; ella, la doble, cuando me habló de la vez en que me tiró a la piscina, cuando todavía no era más que una niña. Lo supieron hacer muy bien, pero fallaron en una cosa.

Stylla sonrió despreciativamente.

—No sabe usted lo que se dice, capitán. Atheria está aquí, a bordo de la «Circe». ¿No la ha visto todavía?

—He visto a su doble, si es eso a lo que se refiere usted, señora de Wrion. Incluso la ha aleccionado para que se finja enamorada de mí, ¿no es cierto?

Una chispa de cólera brilló en las verdes pupilas de Stylla.

—¡Eso no…! —Pero se calló al momento, mordiéndose los labios, en tanto que Dag sonreía con desdén.

—La falsa Atheria cometió un desliz gravísimo, cuando, después de muerto Quorter, me habló de la desaparición del exarca; de sus propósitos de usted, Stylla; de los cien mil régulos que me habían sido ofrecidos por no llevarla conmigo en el viaje… ¿Cómo podía la falsa Atheria saber todo esto, si no había estado presente en la conversación que yo había sostenido con Quorter minutos antes, y en la cual le había relatado todo cuanto me había ocurrido? Sólo se explica de una manera: Stylla: porque esa falsa Atheria que ahora está ahí al lado, fingiéndose dolorida por mis padecimientos, era cómplice de antemano. Bien pagada, por supuesto; de otra forma, es difícil encontrar quien se preste a desempeñar un papel tan arriesgado.

»Y además —continuó el joven—, ustedes constaban con que hacía varios años que Atheria y yo no nos veíamos. Por tanto, las pequeñas diferencias entre el rostro imitado y el legítimo, que pudieran existir, no serían perceptibles para un hombre que había dejado pasar varios años sin contemplarlo. Diabólica astucia…, que no le va a servir de nada, señora de Wrion. ¡De nada!, ¿me entiende usted?

Un momento permaneció inmóvil Stylla, dando con su silencio una tácita aquiescencia a las palabras del joven. De pronto, reaccionando, dijo:

—Y bien… ¿qué es lo que piensa hacer conmigo? Dag adelantó agresivamente la mandíbula. —Me gustaría mucho poder darle a usted la misma muerte que padeció mi buena amiga Atheria. Pero todavía no he matado a ninguna mujer, y no va a ser usted la

primera. En tanto decido lo que voy a hacer con usted y sus tres esbirros, pues ahora he de contar entre ellos a la falsa Atheria, permanecerán todos encerrados en sus cámaras, sin salir, de ellas bajo ningún pretexto. ¡Adiós!

Stylla pareció salir entonces de la inmovilidad de estatua en que había caído, y se lanzó hacia adelante, asiendo al joven por los hombros.

—¡Capitán, capitán! —gritó—. Escúcheme… Es cierto todo lo que ha dicho, pero sólo lo hice porque usted accediera a transportarme en su nave… Siento enormemente lo de Atheria… yo soy la primera en lamentarlo… Puedo indemnizarle, capitán. Ahora le daré los diez millones de régulos; más tarde, puedo pagarle aún el doble, pero… por lo que más quiera, búsqueme a mi esposo, capitán…

Dag no se movió tan siquiera; ni miró a Stylla en tanto ella hablaba. Su respuesta estaba llena de un intenso desprecio.

—Labo —dijo—, quítame estas manos de encima. Yo no quiero ni tocarlas.

CAPÍTULO VIII


abo era un veterano del espacio y por ello no tardó mucho en darse cuenta del cambio de derrota, que Dag había imprimido a la «Circe». Dada la gran confianza que tenía con su jefe, no tardó mucho en decírselo.

—¿A dónde nos lleva usted, capitán?

El joven estaba examinando atentamente la carta estelar, en el cuarto de control, y no tardó mucho en dar su respuesta.

—A Helaseo, Labo —contestó lacónicamente.

El segundo abrió desmesuradamente los ojos.

—¿A… Helaseo, capitán? —exclamó—. Eso se aparta bastante de nuestra ruta.

—Ya lo sé —dijo Dag con frialdad—; pero recuperaremos el tiempo perdido con toda facilidad.

—Me lo supongo, capitán…; pero, más que nada, lo decía por las, condiciones de ese planeta.

Dag abandonó la carta estelar y se volvió hacia su segundo.

—¿Es que tienes algo qué oponer a mi plan, Labo? Te creía más fiel —se quejó.

Labo sacudió la cabeza.

—No se trata ahora de eso ni mucho menos, capitán, sino de nuestro punto de destino. Stylla no se va a sentir muy contenta cuando la desembarque allí —dijo.

—¿Acaso crees tú que merece mejor suerte? Pagó a unos esbirros para que matasen a mi buen amigo Quorter. Por su culpa murió Atheria y… ¿aún protestas de que la deje con vida?

—Tanto daría que la matase usted de un puñalada, capitán. Ya sabe usted que la vida en Helaseo es cortísima y que no hay ninguna excepción para el que tiene la mala suerte de caer en ese planeta.

Dag alzó los hombros.

—Me es indiferente por completo, Labo. Les abandonaré a los cuatro en Helaseo y que se las apañen. En medio de todo, no es un mal país.

—No, excepto por…

El segundo se interrumpió, porque acababan de sonar unos nudillos en la puerta. Dag se volvió y dijo:

—¡Adelante!

En el marco de la puerta se dibujaron las figuras de los dos solares. Díaz y Hunter vacilaron unos instantes, pero, al fin, animados por la voz del joven, terminaron por entrar.

—¿Deseaban algo de mí? —dijo el joven con acento cortés.

—Pues… sí, capitán —contestó Díaz—, aunque acaso a usted no le agraden nuestras preguntas.

—En ese caso, no les doy la respuesta y asunto concluido —sonrió Dag—. ¿De qué se trata?

—Verá, capitán —dijo el solar—. Aunque no estamos muy versados en astronáutica, nos hemos dado cuenta, sin embargo, de que la derrota de la «Circe» ha sido variada. ¿A qué se debe eso?

—Vamos a tocar tierra en otro planeta fuera de nuestra ruta, señores. Pero esta parada durará muy poco, y el tiempo perdido se recuperará fácilmente, Sin embargo, es obvio señalar que estoy dispuesto a abonarles la indemnización que fijemos de común acuerdo y…

Díaz agitó una mano volublemente.

—Oh, no se preocupe por ello, capitán. Sabiendo que este cambio de rumbo es una cosa eventual, nada nos puede preocupar. Un día o una semana más de retraso en nuestro viaje a Régulo nada significa para nosotros.

Dag inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Muy amables, señores. ¿Alguna pregunta más?

—Pues, sí, capitán —contestó Díaz, que era quien parecía llevar la voz cantante—. Sí, capitán —repitió—. Nos hemos dado cuenta de que tiene encerradas a las dos mujeres, y a esa pareja de sansones de teatro. ¿Por qué?

El busto de Dag se enderezó repentinamente.

—Eso son solamente cosas que competen al comandante de la nave, señores. Básteles saber únicamente que pienso deshacerme de ese cuarteto en el planeta que les he indicado anteriormente.

—Muy bien —accedió el solar—. Ignoro los motivos que tiene usted para ejecutar tal acción, pero me supongo que son poderosísimos.

—Acierta usted señor Díaz —contestó secamente el joven.

El solar emitió una leve sonrisa.

—¿Le molestaría decirnos el nombre de ese planeta? Calcule usted; nosotros pertenecemos a un sistema muy alejado de estas regiones celestes y…

Dag vaciló unos instantes, pero al fin levantó la cabeza y dijo:

—En modo alguno, señores. El nombre del planeta en donde pienso aterrizar por solamente el tiempo imprescindible para desembarcar a los otros pasajeros es Helaseo.

—¿Helaseo? —repitió Díaz con aire meditabundo—. Bien —terminó de encogerse de hombros—, usted sabe de estas cosas más que nosotros y nos es forzoso otorgarle nuestra entera confianza. Gracias por la información, capitán.

—Las gracias a ustedes —respondió Dag cortésmente, viéndolos desaparecer de la cámara de derrota.

Permaneció unos instantes terriblemente pensativo. Luego miró a su segundo:

—¿Qué intenciones tendrán esos pájaros, Labo?

—¿Es que no se fía usted de ellos, capitán?

Dag levantó los hombros en un gesto indiferente.

—No sé qué decirte, Labo. No los había visto nunca, hasta que

me fueron a encontrar en el hotel y… Bien, dejémoslo. Vamos a comprobar la ruta.

Durante unos momentos, los dos hombres permanecieron ante los aparatos calculando la órbita, y rectificando posibles errores en la que llevaban. Después, el segundo se alejó, y dejó al joven allí, sentado, con los brazos cruzados, ante uno de los paneles que se había hecho transparente, contemplando el maravilloso espectáculo del Universo centelleante.

Aún hubiera estado mucho más rato en aquella postura, de no haber sido porque alguien, entrando, le distrajo. Se volvió.

—¿Qué quieres, Fiwuk?

El tripulante vaciló antes de mencionar el asunto que le llevaba allí. Dag se impacientó.

—Vamos, hombre, no te detengas. ¿Qué te ocurre?

—Mire, capitán; yo no quisiera que usted se enfadara, pero… En fin, la chica dijo que quería verle.

—¿La chica?

—Sí, capitán; la hija de Quorter de Salidyan.

—¿Y qué es lo que quiere de mí, Fiwuk?

El aludido se encogió de hombros.

—Lo siento, señor; no me lo dijo.

Dag arrugó el entrecejo.

—¿Cómo diablos ha podido ponerse en contacto contigo? —inquirió.

—Por el intérfono, señor. Usted no les cortó la comunicación.

—Es cierto —murmuró el joven. Dudó un segundo y, al fin, se puso en pie—. Está bien; iré para allá. Quédate aquí.

—Sí, capitán.

Todavía resentido de las quemaduras, pese al efecto regenerativo y sedante de la celulina, se encaminó hacia la cámara donde había recluido a la muchacha. Abrió la puerta, pero no entró, limitándose a permanecer bajo su dintel.

—¿Qué es lo que quiere usted de mí? —preguntó hoscamente.

Atheria se fue hacia él.

—Dag, por favor, tendría que hablarte…

—Puede usted hacerlo aquí —contestó él, con seco acento—. Para eso he venido.

—Muy bien —dijo ella adelantando agresivamente la mandíbula

—. Muy bien. Entonces te diré que conozco tus proyectos de abandonarnos a los cuatro en Helaseo.

Dag respingó; luego lanzó un bramido.

—¿Quién te lo ha dicho? —exclamó, olvidando el ceremonioso tratamiento que hasta entonces había dado a la sustituta de Atheria.

Ésta sonrió:

—Los solares, Dag. Nos has encerrado, pero olvidaste cortar las comunicaciones interfónicas individuales.

El joven se mordió los labios.

—¿Y qué? ¿Y qué si os abandono en Helaseo? ¿Acaso no estoy en mi derecho al vengar las muertes de Quorter y su hija? Tú eres tan culpable como Stylla, puesto que eres su cómplice. Ignoro los motivos por los cuales te has aliado con la mujer del exarca, pero, sean los que sean, ello me trae sin cuidado. Aunque —añadió, deliberadamente desdeñoso—, me supongo que muy bien haya podido ser el dinero. Stylla maneja muy fácilmente los billetes de diez mil régulos. Posees la imagen de Atheria, pero no eres ella, ¿comprendes?

La muchacha se mordió los labios. Dijo:

—¿Es ésa tu decisión, Dag?

—Sí. Del todo firme, por si lo dudas.

—Si piensas abandonarnos en Helaseo, más valdría que nos soltases una descarga desintegrante a cada uno de los cuatro. Por lo menos, un disparo de esa índole sería mucho más piadoso —dijo ella con energía.

Dag calló un momento, contemplando a la mujer que tenía frente a él, calco exacto de la Atheria que él había conocido antaño. En su interior admiró el arte del cirujano estético que tantas maravillas había obrado en aquel rostro, pero, estrujando la leve debilidad que se había apoderado de su corazón, se echó a reír.

—Para una mujer tan despiadada como Stylla, y para otra tan codiciosa como tú, que se ha prestado a esta criminal maniobra por solamente el amor al dinero, ¿qué mejor castigo que el abandono en Helaseo? Las dos sois a cuál más bella y hermosa. Allí… dejaréis de serlo.

—Te sabía justiciero, Dag, pero nunca tan cruelmente vengativo —repuso la joven.

—Me es indiferente el concepto que puedas tener de mí, Atheria,

si es que éste es tu auténtico nombre. Y si no tienes más que decir, espero me permitas retirarme.

—No —contestó ella tras leve pausa—. No tengo nada más que hablar, porque todo sería inútil. ¡Adiós, Dag!

El joven cerró la puerta tras sí, quedando en aquel lugar unos momentos con la cabeza inclinada. Vaciló unos segundos, pero luego, recordando las muertes de Quorter y su hija, cerró su corazón a todo sentimiento compasivo, y se encaminó hacia su cámara.

En el camino se cruzó con Labo, el cual le miró inquisitivamente. Dag le habló con tono seco, tajante:

—Corta la comunicación entre las cámaras donde están las mujeres y los esbirros. Quiero que no se hablen entre sí hasta que hayamos llegado a Helaseo.

—Sí, capitán. Voy a hacerlo al instante.

Dag se encerró en su cámara y, aturdido, furioso, irritado consigo mismo, sin saber exactamente las causas, se paseó unos momentos, tan nervioso como un león enjaulado. De pronto, reparó en algo que tenía sobre un estante: una botella llena del rojo vino de Ardion, tan parecido en su sabor a los solares.

Media hora más tarde, sumido en el sopor de la embriaguez, Dag dormía profundamente, descansando solo en apariencia, pues su cuerpo se estremecía con cierta frecuencia, como si todo él fuera sacudido por efectos de las pesadillas que, originadas por los vapores alcohólicos, bailaban una infernal zarabanda en su atormentado cerebro.

El profundo sueño en que había caído, le impidió advertir la presencia de alguien que, obrando de modo subrepticio, penetró en la cámara. El intruso permaneció quieto unos momentos, espiando el agitado sueño del joven. Luego, seguro de que éste no se daría cuenta de su presencia, comenzó a obrar con rapidez y eficiencia.

Unos minutos más tarde, aquel hombre había desaparecido de la cámara, tan silenciosamente como llegara sin que, aparentemente, hubiera quedado de su paso el menor rastro en aquel lugar.

* * *

A través del telescopio de observación, Dag escrutó la superficie

del planeta en que iban a aterrizar. Estaba describiendo una órbita circular en torno al mismo, buscando el mejor punto donde tomar contacto con su superficie, volando a una altura inferior a los mil kilómetros.

En nada se diferenciaba Helaseo de los demás planetas habitables. Sin embargo, Dag sabía que aquel globo que ocupaba casi todo el panorama visible, estaba absolutamente desierto, cuando menos de seres con inteligencia. Había abundante vegetación, animales pacíficos y de carne comestible, y grandes océanos, en los cuales desembocaban largos ríos, cuya agua era perfectamente potable. Sin embargo, nadie vivía en Helaseo, nadie, al menos, que tuviera figura humana.

Poco a poco, la «Circe» fue perdiendo altura. El roce con las capas atmosféricas se hizo perceptible, y entonces fue cuando Dag decidió caer verticalmente sobre la superficie de Helaseo.

Para ello, hizo salir al exterior, en dos direcciones completamente opuestas, los proyectores parabólicos, que recibían o reflejaban, según las necesidades, las atracciones gravitatorias de los astros. Enfocado el uno hacia Helaseo, se sirvió del otro, que recibía un canal gravitacional de Upsilon del Auriga, para disminuir la velocidad de caída, dejándola en cero en el momento requerido, que fue cuando la nave tomó contacto con el herboso suelo de Helaseo.

A través del panel hecho transparente, distinguió la frondosa vegetación del punto en que se hallaban. Estaban en el claro de un gran bosque, por una de cuyas lindes se veía discurrir la ancha corriente de un gran río en cuya orilla, e indiferentes a todo, abrevaban unos cuantos animales de formas bien raras. Dag se dijo que aquél era el mejor lugar que podía haber hallado para desembarcar a sus cuatro pasajeros, y luego, reaccionando, movió la palanquita del intérfono general.

—¡Labo! —llamó.

—¡Sí, capitán!

—Lleva a los prisioneros a la esclusa C. Ten cuidado con los secuaces de la señora de Wrion, y que éstos carguen enseguida con los equipajes de las mujeres.

—Entendido, capitán.

El joven se palmeó de modo inconsciente la funda de la pistola

que había llevado puesta desde poco antes de llegar a Helaseo y, notando el consolador peso del arma, se dirigió hacia la esclusa. Poco más tarde, los cuatro personajes que iban a ser expulsados, llegaron allí, escoltados por la dotación de la «Circe».

Stylla le miró airadamente, muy pálida, pero no dijo nada. En cuanto a Traill y Ekzel, sus dos guardaespaldas, solamente las pistolas de los tripulantes los contenían, y Dag advirtió en sus ojos destellos homicidas que no prometían nada bueno para él y sus hombres.

Pero Atheria no se estuvo callada. Impulsivamente, avanzó hacia él, tendiéndole los brazos.

—Dag, no hagas esto, por lo que más quieras —le suplicó.

—Por favor… —Pero la muchacha calló, al ver la pétrea actitud del comandante de la nave. Stylla, por el contrario, sonrió desdeñosamente.

—Es inútil cuanto hagas, muchacha. Este hombre desea vernos convertidas en sendas momias cuanto antes, ¿no es así, capitán?

—Puede ocurrir que alguna nave aterrice aquí y las salve. Es una posibilidad remota, pero que, no obstante, queda a su favor.

—Un favor muy de agradecer —comentó Stylla con ironía—. Es un favor muy especial este de dejarnos abandonados aquí, en Helaseo, donde el tiempo tiene una dimensión completamente distinta a la de los demás planetas. Una magnífica concesión al abandonarnos en este mundo, en donde cada día transcurrido vale por un año de los corrientes en otros planetas. No nos mata inmediatamente, pero antes de un año normal, habrán transcurrido todos los de nuestra vida, convirtiéndonos en unos ancianos cuya muerte no puede hacerse esperar.

—Si viven un año de los de Helaseo, eso me tendrán que agradecer —respondió glacialmente el joven—. A Quorter y a su hija no les permitieron tanto, ¿verdad?

La esposa del exarca no contestó, limitándose a apretar los labios. Pero Atheria dijo:

—Las almas nobles lo demuestran perdonando las ofensas, Dag.

Éste se echó a reír.

—En este momento carezco de toda clase de sentimientos que no sean los de la venganza, Atheria…, si es que éste es tu verdadero nombre. ¡Labo!

—¡Capitán!

—¡Abre la esclusa!

—Sí, señor —contestó el segundo, pero en el momento en que sus manos se dirigían hacia los mandos que abrirían la compuerta interna, una voz resonó en aquel lugar con acento imperativo:

—¡Apártese de ahí, Labo, o abriré el fuego!

Todos se volvieron hacia el que había hablado, y la sorpresa fue enorme al ver a los dos solares empuñando sendas pistolas atómicas, Con las cuales cubrían al grupo de tripulantes de la «Circe».

—¡Fuera de la compuerta! ¡Pronto o dispararé! —rugió ahora Hunter.

Pero Dag no se daba por vencido en ningún momento. Despreciando el posible peligro de un disparo, echó mano a su pistola, desenfundándola con relampagueante gesto. Apretó el gatillo… y Díaz y Hunter soltaron una estruendosa carcajada.

El primero de los solares avanzó hacia Dag, sonriendo desdeñosamente, sin aparentar temor alguno a la pistola que el joven empuñaba decididamente. Llegó a corta distancia de él, y dijo:

Tire esa arma que no le sirve para nada, capitán. ¿Es que no se ha dado cuenta aún de que está descargada?

CAPÍTULO IX



a situación —dijo Días con toda tranquilidad— ha cambiado notablemente. Puede decirse sin temor a errar, que ha tomado un signo completamente opuesto al que hasta ahora ha tenido.

Dag se había desprendido ya de su pistola, perfectamente inútil por otra parte. Ahora ya sabía, por boca del mismo interesado, que había sido Hunter el que, introduciéndose en su cámara en tanto dormía embriagado, le había quitado los cartuchos al arma, dejándola así convertida en un objeto meramente decorativo. Y, en los días sucesivos, las de los demás tripulantes de la «Circe» habían corrido la misma suerte, empleando para ello parecidas o similares argucias. Ninguno de los markabianos había desconfiado de unos pasajeros aparentemente inocuos, y éstos, lógicamente, se habían aprovechado de la coyuntura para llevar a buen puerto sus planes.

—En resumen —dijo Dag—, que estamos en sus manos, ¿no es así?

Díaz se inclinó levemente.

—Usted acaba de sintetizarlo en dos palabras bien dichas, capitán —repuso.

—Y bien, ¿qué es lo que desean de nosotros?

—En cuanto a usted y a sus hombres, particularmente nada, capitán. Es la señora de Wrion la que llama nuestra atención, ¿comprende?

Stylla se irguió al oírse mencionar.

—¿Qué quieren de mí? —preguntó.

La mano armada de Díaz señaló claramente hacia la pesada valija repleta de valiosos billetes de banco regulianos, que Traill sostenía en una de las suyas.

—Eso, nada más, mi querida señora.

El rostro de Stylla enrojeció vivísimamente.

—¡Jamás! —exclamó casi gritando—. No consentiré que…

Díaz soltó una leve risita.

—Le conviene no enojarse, mi estimada señora de Wrion, pese a que cuando se enfada está aún más hermosa que en condiciones normales. Hemos sudado mucho hasta llegar aquí, y comprenderá fácilmente que no nos vamos a arredrar por obstáculos más o menos con tal de conseguir esos bellos diez millones de régulos.

Una chispa de inteligencia brilló entonces en la imaginación de Dag.

—Ahora lo comprendo todo —exclamó.

—¿Qué es lo que comprende, capitán? —inquirió el solar.

—Los cien mil régulos que ustedes me ofrecieron, por medio de unos intermediarios, para que desistiera de llevar en mi nave a la señora de Wrion. ¿Acierto?

Díaz rió nuevamente.

—En la diana, capitán. Esta fortuna es algo que perseguíamos desde hacía algún tiempo, y, naturalmente, no íbamos a dejar que usted se llevara la mayor parte con sus manos limpias, no, señor. Pero la aceptación del pasaje de la señora de Wrion a última hora, nos obligó a cambiar nuestros planes tan cuidadosamente trazados… y nos vimos forzados a pedirle un huequecito en su nave, aguardando pacientemente el momento más propicio para nosotros. Ese momento, obvio es decirlo, ha llegado ya.

—¿Usted cree, Díaz? —dijo con reluctancia el joven.

—Sí, ¿por qué no? Ahora nos apoderaremos de la valija con los billetes, les dejaremos a ustedes aquí, en Helaseo y…

Dag apretó los puños.

—¡No pueden hacer eso con nosotros, Díaz! ¡Sería un crimen!

—¿Qué no? —Se echó a reír el solar con toda desvergüenza—. Pero ¿no era eso mismo lo que usted iba a hacer con la señora de Wrion y sus amigos?

El joven enrojeció al escuchar la alusión.

—La cosa es muy distinta —dijo—. En mi caso, había un acto de justicia que realizar, si es que sabe comprenderlo.

—Mire, capitán —repuso Díaz—, sus asuntos particulares no me importan un pepino, ni tampoco los resentimientos que usted pueda tener con la señora de Wrion. Es el dinero lo que queremos, ¿comprende?

—Todavía no lo tienen —murmuró Dag.

—Lo tendremos, no se preocupe por ello.

—Dijo antes que piensan abandonarnos aquí, en Helaseo, ¿no?

Díaz movió la cabeza afirmativamente.

—Cierto, capitán.

—Entonces, ¿quién va a pilotar la «Circe»?

—Nosotros, capitán Kerus. Puede estar absolutamente tranquilo de que sabremos manejar su nave.

Dag torció el gesto. Aquellos tipos lo habían previsto todo, y no dejaban ningún detalle al azar, por minúsculo que fuera. Pero no le quedaba otro remedio que resignarse; cualquier intentona que hubiera realizado contra aquellos forajidos habría concluido indefectiblemente con su desintegración por efectos de un proyectil nuclear salido de la pistola que Díaz sostenía firmemente en sus manos.

—Está bien —dijo el solar al cabo—. Hagan el favor de retroceder todos colocándose en fila, al lado de la esclusa. ¡Vivo, ya hemos esperado bastante!

El mandato de Díaz, apoyado por su pistola y la de Hunter, fue obedecido prestamente. Los seis hombres y las dos mujeres quedaron en hilera quietos, inmóviles, aguardando una nueva orden del solar.

Éste no tardó mucho en darla, dirigiéndose a Traill.

—Tú, avanza media docena de pasos y deja la valija en el suelo.

El esbirro vaciló. Se decidió y avanzó la pierna izquierda, pero volvió a retroceder, al mismo tiempo que miraba con aire lastimoso a Stylla.

—¡Haz lo que te he dicho! —aulló Díaz.

—Obedece, Traill —dijo Stylla con serenidad.

El reguliano bajó la cabeza. Para un hombre de sus colosales fuerzas, le resultaba muy duro tener que someterse a los dictados de una persona cuyo poder estaba apoyado simplemente en una pistola atómica. Dio dos o tres pasos y, de pronto, sin previo aviso, se arrojó sobre Díaz.

Su pelada cabeza, enorme, poderosa, chocó contra el pecho del solar, derribándolo en el suelo, en tanto que la pistola liberaba un proyectil nuclear que abrió un ancho boquete en el techo. Díaz lanzó un agudísimo chillido al sentirse bajó la opresión de aquella enorme pesadumbre, pero antes de que ninguno de los otros pudiera lanzarse en socorro de Traill, Hunter, el otro solar, disparó.

Los ojos de Dag se dilataron al contemplar el increíble hecho de ver cómo un proyectil nuclear no podía con aquel tremendo personaje. Hunter hubo de repetir el disparo para, al fin, transformar a Traill en una repelente bola de humo que se deshiló perezosamente en la cámara.

Acto seguido encaró su pistola hacia los restantes, en tanto su compañero Díaz se incorporaba, molido y maltrecho por el tremendo choque sufrido.

—¡Que nadie se mueva! —gritó—. ¡Que nadie se mueva o dispararé!

Cojeando, respirando afanosamente, Díaz terminó de ponerse en pie. Entonces, todos cuantos allí estaban le vieron toser espasmódicamente.

El solar juró y renegó, al mismo tiempo que sacaba un pañuelo del bolsillo. Escupió en la tela, y Dag pudo ver claramente, lo mismo que el resto de sus compañeros de infortunio, la roja espumilla salida de la boca del forajido. Y el joven no tardó mucho en comprender que el terrible cabezazo del desaparecido Traill había causado sus efectos en el interior del organismo de Díaz. Aun sabiéndose destinado a quedar en la superficie de Helaseo, no sintió ninguna envidia por el corto futuro que aguardaba, al solar.

Díaz se acercó a la valija llena de billetes, al mismo tiempo que

tosía y escupía sangre de nuevo.

La cogió, poniéndose la otra mano en el pecho, y encogido pero todavía fanfarroneando, dijo:

—Vamos, Hunter, echa a esos tipos de aquí.

El aludido obedeció. Levantó la mano y ordenó:

—Abran la escotilla y salgan fuera. No intenten hacer ningún movimiento sospechoso, porque dispararé sin vacilar.

En un completo silencio, el propio Labo fue quien movió los mecanismos de apertura de la esclusa. La luz del día penetró rutilantemente por la gran puerta recién abierta, al mismo tiempo que una ráfaga de aire fresco y deliciosamente perfumado.

Hunter se echó a reír, haciendo una gran aspiración.

—No se quejarán de que, por lo menos, no les dejamos en un sitio bien parecido al paraíso, ¿eh?

La bronca tos de Díaz volvió a oírse nuevamente.

—¡Cierra el pico y calla de una vez! —masculló, volviendo a manchar el pañuelo de rojo.

Uno tras otro, los desterrados de la «Circe» fueron saliendo al exterior, caminando bajo el poliédrico casco de la nave, en suave descenso sobre la rampa de acceso a la compuerta. Al fin, sus pies tocaron el césped del planeta, y entonces, movida desde el interior, la rampa desapareció, al mismo tiempo que la abertura en el casco del navío sideral desaparecía como si jamás hubiera existido.

Todo el mundo permaneció en silencio en aquel lugar, contemplando maquinalmente la nave. De pronto, una sorda vibración se dejó oír, y en una décima de segundo, el aparato, movido por sus poderosos motores, se esfumó de allí como si jamás hubiera existido.

El silencio fue el único dueño de aquel lugar durante unos cuantos minutos. A excepción del suave rumor de la brisa, acariciando las hojas de los árboles cercanos, y algunos débiles grititos de los animales que correteaban junto al río, no se oía ningún otro sonido.

De pronto, Stylla avanzó un par de pasos. Dag la contempló con estoicismo.

—Bien, capitán —dijo con una sonrisa llena de ironía—, henos a todos embarcados en el mismo bote, ése que usted nos destinaba para nosotros solos. ¿Ha oído usted hablar de las burlas del destino?

El joven no tardó en rehacerse. En modo alguno quería que le vieran abatido. Por otra parte, pensó que en peores se había encontrado y que ya hallaría el modo de salir de aquella apuradísima situación.

—Sí, por cierto, mi estimada señora de Wrion. Y de los tiros por la culata también he oído hablar. Éste es mi caso, si es que ello puede servirle de algún alivio.

—El único alivio que tendré será viéndole envejecer al mismo tiempo que yo, capitán. Usted tenía pensado dejarnos en Helaseo como castigo por la muerte de Quorter de Salidyan, pero las tornas han cambiado a su vez contra usted. Y usted también envejecerá con nosotros, téngalo presente. Por cada día de permanencia en Helaseo, un año de Régulo o Capella. O, si lo quiere tomar con otra medida, tres días de Helaseo, un poco menos, equivalen a un año solar. ¿Le parece bien el cambio?

Dag procuró que su rostro reflejase en todo momento un buen humor que estaban muy lejos de sentir.

—En compañía de dos mujeres tan encantadoras, la vida aquí será una delicia completa, Stylla.

—Espero convertírsela en un infierno, a poco que pueda, capitán —dijo ella con rabia mal disimulada—. Usted nos trajo aquí para castigarnos, sobre todo a nosotras dos, en algo que las mujeres estimamos tanto copio a nuestra propia vida; la belleza.

Su acción dará sus frutos, indudablemente, capitán, pues envejeceremos en un tiempo increíblemente corto. Antes de seis meses de tiempo de Helaseo, nos habremos transformado en unas viejas de rostro arrugado y coriáceo. Yo ya estoy resignada a ello, pero, dígame, capitán, ¿le gustaría ver esa transformación en el rostro de su bien amada Atheria?

La aludida lanzó un grito de susto. Dag contestó con una imprecación.

—¡Ella no es la auténtica Atheria, sino una doble!

Stylla se echó a reír.

—Conque no es la auténtica hija de Quorter, ¿eh?

—¡No!; y usted lo sabe bien, Stylla.

Pero la sonrisa no desaparecía de los rojos labios de la reguliana. Permaneció un momento quieta, erguida, desafiando con la mirada a Dag, y de súbito, con un movimiento imprevisto, disparó su mano

derecha, atenazando con ella el brazo izquierdo de Atheria, la cual, sorprendida, lanzó un grito.

Antes de que la muchacha pudiera reaccionar, Stylla la empujó bruscamente hacia adelante. Atheria tropezó y hubiera caído al suelo, de no haber sido sostenida por los fuertes brazos de Dag, quien la estrechó en ellos.

—¡Vamos, muchacha! —la incriminó Stylla—. Dile al capitán Kerus quién eres de una vez. Confiesa que eres la auténtica hija de Quorter.

Los ojos de Atheria se encontraron con los del atónito Dag, quien no acababa de dar crédito a cuanto sus oídos estaban escuchando.

—Dag —murmuró ella—, yo… yo…

—Vamos, díselo —continuó implacablemente Stylla—. ¿O quieres que lo haga yo en tu lugar?

—Será mejor que te expliques, Atheria —habló el joven, con el ceño arrugado.

—Es cierto, Dag —murmuró ella—. Yo soy la auténtica hija de Quorter. Es cierto que Stylla me hizo raptar, sustituyéndome por mi doble. Pero conseguí, en el último momento, cambiarme por la otra mujer, que fue la que murió en mi lugar, devorada por el «kradok».

—Así es, capitán. Atheria podrá ser joven, pero es tan astuta como la que más, y confieso que hasta última hora no me enteré yo de que ella es la legítima hija de Quorter de Salidyan.

—¿Y cómo lo supo usted, Stylla? —inquirió Dag, terriblemente confuso.

La reguliana sonrió con desdén.

—Su solicitud hacia usted la traicionó. Aquella doble que yo había contratado no tenía por qué haberse mostrado tan afectuosa con usted, capitán, después de habernos salvado a todos de las garras del monstruo. Sólo una mujer enamorada de usted casi desde que era una niña podía obrar de tal manera.

Los ojos de Dag Volvieron a bajarse.

—¿Es cierto eso, Atheria?

La muchacha se sonrojó intensamente.

—¿Debo contestar a la pregunta delante de todos, Dag?

—No —movió la cabeza el joven—. No es necesario. Me basta con lo que he oído. De todas formas —agregó, dirigiéndose a la

reguliana—, hay un hecho que todavía subsiste en pie, y que no es otro que la muerte de mi amigo Quorter, ejecutada por alguien que obedecía sus órdenes, Stylla.

La interpelada se encogió fríamente de hombros en aquella ocasión.

—En cuanto a eso —respondió tranquilamente—, no es a usted a quien tengo que dar cuenta de mis actos. Quorter murió… y ya no se puede hacer nada por él.

Las manos de Atheria se agarraron nerviosamente a la blusa del joven, crispándose sobre el tejido.

—¡Dag, Dag, hazla callar, por favor! Por lo menos que no añada la burla al crimen.

—Ya ha oído usted a la muchacha, Stylla —dijo el capitán cejijunto—. Lo menos que puede usted hacer es respetar su dolor.

Stylla sonrió de un modo un tanto extraño y al cabo murmuró:

—Muy bien; lo haremos como usted dice, capitán. Y, entretanto, ¿qué planes tenemos para nuestra estancia en Helaseo?

* * *

A orillas del río, cuyas aguas corrían mansamente sobre un lecho de una anchura de cincuenta o sesenta metros aproximadamente, una luz brillaba en la obscuridad de la noche helasiana. Era la de una hoguera, en torno a la cual se hallaban los cinco hombres y las dos mujeres desembarcados de la «Circe», y las llamas bailaban alegremente, al mismo tiempo que devoraban los troncos que les servían de alimento.

La hoguera no había sido encendida a causa de la inclemencia del tiempo, sino para satisfacer las necesidades gastronómicas de aquellas personas. La temperatura era excelente, y, a pesar de ser de noche, no se echaba en falta la menor prenda de abrigo. Por otra parte, la oscuridad no lo era tal, sino más bien una clara penumbra, causada por el brillo de las cinco lunas que refulgían en el cielo, a corta distancia de Helaseo, reflejando en un curioso grupo, de casi perfecta forma pentagonal, la luz de la estrella que daba vida a aquel sistema.

Sobre la hoguera, y en un asador improvisado con una rama verde, se iba dorando la carne de un animal atrapado por los

abandonados, la cual expandía un apetitoso olor que les hacía agua la boca a todos cuantos se hallaban en torno al fuego. Aihen, el tripulante, era el encargado de dar la vuelta al asador, y sus miradas no eran las más impacientes de cuantos, de modo ansioso, contemplaban la pieza que les iba a servir de alimento.

Al fin la cena estuvo dispuesta. Aihen, después de haber hecho las correspondientes particiones, se disculpó con una sonrisa.

—Les ruego que disculpen el servicio —dijo—, pero si encuentran alguna imperfección les presentaré el libro de reclamaciones para que formulen en él las que estimen pertinentes.

En aquellas circunstancias nadie podía objetar nada a la suculenta cena que se les ofrecía. Dag miró por encima de su trozo de carne a Stylla, cuyos blancos dientes mordían el asado sin ningún empacho. La reguliana se dio cuenta de que la miraban y enrojeció. No obstante, continuó comiendo.

De pronto Atheria dijo:

—Había oído hablar alguna vez de Helaseo, Dag, pero no sé por qué aquí se envejece tan pronto. Ya sé que este planeta está situado en una dimensión temporal distinta a la normal, pero ¿a qué se debe tan curiosa circunstancia?

—Sencillamente, a que la vida aquí es mucho más intensa, mucho más rápida que en cualquier otro planeta, Atheria. Las células vivas nacen, se reproducen y mueren con una terrible rapidez, debida a la peculiar constitución de este planeta y, en consecuencia, todos los seres vivos que en él habitan, ya sean animales o vegetales, nacen, viven y mueren en un tiempo increíblemente corto, cuya medida ya es conocida de todos por haberla explicado yo con anterioridad. Llevamos aquí ya dos días; si ahora pudiéramos trasladarnos a Ardion, veríamos que en los calendarios de Capella han transcurrido dos años; y en los solares, ocho meses aproximadamente. Dentro de treinta o treinta y cinco días helasianos empezaremos a notar los primeros efectos de un transcurso tan rápido de este tiempo. Las primeras arrugas, las primeras canas… ¡Espacio! ¡Mira qué barba tengo ya!

—¡Calla! —gritó Atheria, despavorida—. ¡No sigas, por favor, te lo ruego! —Y sin poderse contener, la muchacha arrojó a un lado la carne que estaba comiendo y, ocultando el rostro en las manos, rompió en agudos sollozos.

Dag le puso una mano sobre los hombros, pero entonces, sin saber por qué, levantó la cabeza y vio a Stylla que le miraba con el rostro enrojecido por el reflejo de las llamas de la hoguera. La reguliana aparecía completamente seria, impávida, pero Dag supo que, en su interior, se estaba burlando de él con todo descaro.

A la mañana siguiente empezaron a discutir las condiciones en que se iban a instalar en aquel lugar. Stylla se negó a hacer nada, alegando que, puesto que antes de que transcurriera un año halesiano habría muerto, todo trabajo era inútil. Y, por otro lado, Dag hubo de recurrir a todo su ascendiente, ya que no a su autoridad, para que Labo y los otros dos tripulantes le ayudaran a levantar un cobertizo en aquel lugar.

Dag se dio cuenta de que sus hombres trabajaban de mala gana. Estuvo a punto de increparlos, pero supo contenerse y no dijo nada. Se colgó de la rama del árbol que tenía más próxima, con objeto de desgajarla, pero apenas había iniciado la acción cuando alguien lanzó un agudo grito.

—¡Miren! ¡Miren! Chillaba Atheria estridentemente.

Dag soltó la rama y estuvo a punto de rodar por el suelo. Recobró el equilibrio y limpiándose maquinalmente las manos miró hacia el lugar donde la despavorida Atheria señalaba con su dedo índice.

Un hombre penetró en el claro, con las ropas cayéndole en jirones sobre los hombros. Parecía tener grandes dificultades en caminar, porque se apoyaba en una especie de báculo construido con sus propias manos, y aun así la locomoción le resultaba muy penosa.

Sin embargo, no fue esto lo que más asombró a Dag, sino el rostro increíblemente arrugado de aquel hombre. Parecía tener más de ciento ochenta años solares, y sus mortecinos ojos brillaban apenas detrás de las violáceas bolsas de sus párpados, que subían y bajaban con frecuencia. Respiraba ansiosamente, y todo en él indicaba al hombre que parecía estar muy cerca del término de su vida.

Atraídos por su presencia allí, uno tras otro se fueron acercando al anciano, rodeándolo y tratando de atenderlo. Pero de pronto un alarido horrible rasgó la atmósfera.

Dag se volvió, viendo a Stylla con los ojos fuera de las órbitas,

sujetándose las sienes con las manos como si temiera enloquecer.

—¡Es mi marido! ¡Mi marido, Ornitb de Wrion!

CAPÍTULO X



ió Ornitb de Wrion un paso adelante y, fallándole de repente las fuerzas, cayó de bruces. Aquello fue la señal para que todo el mundo saliera del estupefacto marasmo en que habían caído al oír los gritos de Stylla.

Fue el mismo Dag quien, olvidado de todo, ayudó a incorporarse a medias al anciano, sentándose en el suelo y sosteniéndolo entre sus brazos. Ornitb respiraba ansiosamente, como si le faltara aire para la respiración, y a través de los escasos harapos que le cubrían Dag notó la prominencia de su osamenta que, dada la fantástica delgadez en que se encontraba, amenazaba con romperle la epidermis a cualquier gesto.

—Labo —ordenó secamente—, un poco de agua.

Vamos a reanimarlo primero y ver si luego tiene fuerzas para comer un poco.

El segundo obedeció rápidamente, fue hacia el rió y en el cuenco formado por una gran hoja de árbol trajo un poco de líquido que

Ornitb sorbió con ansia. El agua pareció calmarle y entonces la visión de sus mortecinos ojos se centró un tanto.

Con las pupilas turbias por las lágrimas, Stylla estaba arrodillada a su lado. Tomó una de las sarmentosas manos del anciano entre las suyas y le miró compasiva.

—Ornitb —dijo, procurando ser animosa—, soy yo, tu esposa. ¿No me reconoces?

Un tenue relámpago de inteligencia brilló en las pupilas del exarca.

—¡Stylla… tú… aquí!… —jadeó, con voz cascada—. ¿Quién te ha traído a este horrendo lugar?

La joven no contestó. En lugar de ello, miró reprobatoriamente a Dag, quien, incapaz de soportar aquel gesto acusador, volvió la cabeza hacia otro lado.

—No te preocupes por mí, Ornitb. Lo importante es que te hayamos hallado a ti. Volveremos a Régulo y una vez allí tomaremos cumplida venganza de…

—No… no… Déjame, Stylla… Vete, vete pronto de aquí, o tu piel se arrugará y tus cabellos se tornarán blancos antes de dos meses… Olvídate de mí… Yo ya no puedo vivir…

Dag se dijo que, a pesar de todo, era hora ya de intervenir.

—¡Ejem!… Dispénseme, señor De Wrion, pero… ¿no cree que le convendría tomar un poco de alimento? Tenemos carne que acaso…

El exarca meneó la cabeza con visible dificultad.

—Es inútil… Todo es ya inútil para mí… Nada me puede salvar ya… En pocos meses me he convertido en un viejo… Estoy sano… no tengo ninguna enfermedad… y sin embargo… noto que voy a morirme de un momento a otro… de viejo nada más… Este mundo está maldito… Huid, huid todos antes de que sea demasiado tarde… Vete, Stylla. Déjame a mí morir aquí… pero sálvate tú…

Conteniendo a duras penas sus lágrimas, la joven agitó sus cabellos.

—No. No me iré —mintió, como si en realidad dispusiera de un medio de transporte—, sin que antes me digas quién fue el criminal que te envió aquí. Haré que la exarquía castigue su crimen, Ornitb.

El anciano asintió.

—Sí… pero que no castiguen mi muerte, sino la conspiración… que se había fraguado contra Régulo… Stylla, mi muerte no

importa… Es Régulo, nuestro sistema, el que…

Ornitb calló de pronto. Dobló la cabeza a un lado y su respiración se convirtió en un ronco estertor que no tardó mucho en apagarse. Y cuando esto sucedió Dag dejó el cadáver del anciano en el suelo cuan largo era, cruzándole las manos sobre el pecho.

Se puso en pie lentamente, mirando a Stylla, que había hecho lo propio. La joven contenía valientemente sus lágrimas, pero en su agitado seno se podían leer claramente las emociones que la poseían.

—Lo siento —murmuró Dag—. No… no conocía a su esposo, pero me pareció una buena persona.

—Mucho mejor de lo que usted cree, Dag —contestó ella; y luego sus ojos se volvieron un segundo hacia el cuerpo tendido en tierra—. Por él podrá ver con toda facilidad el destino que nos aguarda, cosa que, no hay que decirlo —agregó con ácida ironía—, se lo debemos a usted, capitán.

—Cargue en mi cuenta —replicó él un tanto picado—, el hallazgo de su marido, Stylla. Y no olvidemos tampoco la muerte de mi amigo Quorter.

Una indefinible sonrisa apareció en el rostro de la joven.

—Es cierto; no olvidemos esa muerte, capitán Kerus.

Después de estas palabras hubo unos instantes de silencio. Labo, entonces, tomó por el brazo a Dag y le dijo:

—Capitán, desearía hablar unas palabras a solas con usted.

—Está bien —accedió el joven—. Vayamos un poco más allá. Discúlpennos, por favor.

Cuando Labo estuvo seguro de que nadie les oía dijo:

—Lo hago por la señora De Wrion, capitán; por los demás hablaría sin cuidado alguno y…

—Vamos, vamos, desembucha —dijo el joven, muy fastidiado—. ¿De qué se trata?

La nariz del segundo apuntó hacia el cadáver.

—De Ornitb, capitán. Si la muerte es en Helaseo tan rápida como la vida, o yo soy tonto o, de lo contrario, su cuerpo se va a corromper antes de media hora. Y no es necesario…

—Entiendo —asintió el joven—. No me había dado cuenta de ello, Labo, y te lo agradezco. Yo mismo se lo indicaré a Stylla.

El joven regresó junto al grupo, dirigiéndose a la reguliana, con

la cual cambió unas breves frases, explicándole en síntesis la situación. Stylla accedió e inmediatamente los hombres comenzaron a excavar una tumba allí, valiéndose de piedras afiladas que buscaron en el lecho del río.

* * *

Dos días más transcurrieron sin ninguna novedad. Habían construido un rústico cobertizo, bajo el cual se resguardaban durante las horas de sol, huyendo de los ardientes rayos de la estrella de aquel sistema, y, salvo el hastío, no parecían experimentar ninguna molestia en aquella vida que ellos sabían terriblemente acelerada. Cuatro días habían transcurrido, equivalentes a cuatro años regulianos y a casi uno y medio solar, sin la menor variación.

Al séptimo día de su estancia en Helaseo, y cuando los ánimos, tensos por la excitación, empezaban a soliviantarse un tanto, Dag, que volvía de caza con una res al hombro, notó, al entrar en el claro, una sombra sobre el suelo.

La sombra era de forma aproximadamente circular, y el joven se extrañó de la misma, dado que el cielo estaba totalmente despejado. Levantó la vista y sus ojos advirtieron la negra masa de una nave que descendía lentamente hacia el claro.

El joven no podía asegurar si se trataba de la suya, puesto que tenía la misma estructura. Pero, en cambio, un rayo de esperanza invadió su corazón.

Corrió hacia el cobertizo, gritando a pulmón abierto, arrancando de su sopor a quienes allí dormitaban la siesta. Stylla, Atheria y los demás salieren fuera atraídos por sus voces.

Gritos de júbilo se elevaron de entre los que ya se creían condenados a muerte, en tanto que sus brazos se alzaban hacia la brillante mole de la cosmonave, que continuaba su lento descenso.

De pronto, cuando ya la nave apenas distaba cincuenta metros del suelo, se vio que detenía su marcha. Alguien alzó un puño, gritando airado.

Un objeto brillante cayó de la nave, clavándose en el suelo. Dag corrió hacia él, advirtiendo que era un cartucho lanzamensajes. Se extrañó de tal suceso, pero no perdió mucho tiempo en abrirlo y

extraer una hoja de papel que había enrollada en su interior.

Leyó en alta voz, completamente estupefacto, lo mismo que sus compañeros al oír, lo que decía el mensaje.

> *«Permaneced quietos en el mismo lugar en que os halláis, sin moveros en absoluto por nada raro que podáis ver. No os preocupéis si advertís algo muy extraño; venimos a salvaros y después se os explicará todo de modo satisfactorio».*

No había firma en tan desconcertante mensaje, pero esto no pareció importarles mucho. Un coro general de gritos de alegría sucedió a la lectura del escrito, pero Dag no tardó en imponer orden en aquel escándalo. Recordó las órdenes que les daban y, al fin, tras algún esfuerzo, consiguió alinearlos a todos, de modo que solamente hicieran los movimientos indispensables para la respiración.

Entonces, de un salto, la nave tocó tierra. Se abrió una escotilla y una plancha de acceso fue largada. Los ojos de los abandonados captaron entonces unas extrañas imágenes en el interior de la nave.

Había una docena de hombres, todos ellos vestidos con lo que parecían ser unas pesadísimas armaduras de metal, casi rígidas, de modo que apenas si dejaban alguna libertad de movimientos en brazos y piernas, y en cuya parte superior, en el casco, se veían unos diminutos orificios, cubiertos de gruesas placas de vidrio, que sólo permitían el espacio suficiente para la visión.

Obediente a las instrucciones recibidas, Dag no se movió. Pero observó que los otros tampoco lo hacían. ¿Por qué?

A su izquierda, Labo, con sólo media boca, dijo:

—¡Capitán! ¿Es que vamos a estar así toda la vida? ¿Qué hacen esos estúpidos que no salen?

—Calla y espera —le recomendó Dag en la misma forma.

Pasaron diez minutos más. Los hombres vestidos con aquellas raras armaduras parecían seguir en el mismo sitio. Pero, de pronto, Dag contuvo un grito de asombro.

¡Los recién llegados habían ganado dos pasos!

Ahora se daba cuenta el joven con más claridad de lo que

ocurría. Aquellos hombres, en realidad, no estaban inmóviles. Se movían, sí, pero con una lentitud terrible, apenas perceptible, casi con la misma velocidad de la aguja horaria de un reloj. Se movían, pero en un tiempo distinto al que ellos vivían, en un tiempo normal, y no velozmente acelerado como el suyo, por lo que forzosamente habían de parecerle inmóviles. Naturalmente, las escafandras les servían de protección para no caer en la dimensión temporal de Helaseo y, resguardados bajo su metálica capa, se veían constreñidos a recorrer un pequeñísimo espacio de terreno en una larguísima duración de tiempo.

De modo asombrado, Dag, al igual que sus compañeros, observó la lentísima progresión de los desconocidos. El simple movimiento de adelantar una pierna para dar un paso les costaba más de diez minutos, lo cual se podía comprobar recordando la posición anterior con la actual. De otro modo parecían inmóviles.

De pronto, alguien, sin poderse contener, echó a correr, lanzando aullidos de alegría, hacia la nave. Ekzel, el guardaespaldas de Stylla, ya no pudo soportar más aquella quietud y echó a correr hacia la nave.

El bronco sonido de un megáfono se expandió en la clara atmósfera de Helaseo, llamando al orden, a Ekzel. Pero todo fue en vano.

El coloso corrió aún más. Pasó por delante de los desconocidos con la velocidad de un relámpago y se encaminó hacia la rampa de acceso.

En el último instante ocurrió algo horrible que hizo prorrumpir a las mujeres en sendos gritos de pavor. Incluso Dag tuvo que morderse los labios para no lanzar un aullido. El ansia de Ekzel por escapar a la maligna influencia de aquel planeta era tal que apenas si le dejaba coordinar sus ideas. Ya estaba a punto de pisar la planchada, sin que ninguno de aquellos hombres pareciera haber hecho el menor movimiento para detenerle, cuando, de pronto, tropezando en algo, cayó hacia adelante.

Alargó las manos para protegerse en la caída, pero no lo pudo conseguir del todo. Su cuerpo chocó contra uno de los lados de la entrada, e inmediatamente estalló.

Fue como si dentro de aquel enorme corpachón hubieran colocado una poderosa bomba. No se oyó más que un repugnante

«¡plaf!», pero una masa roja, semilíquida, salió despedida en todas direcciones, manchando con sus siniestros tonos escarlatas todo cuanto se hallaba a su alrededor. Literalmente, Ekzel desapareció como si jamás hubiera existido.

Dag comprendió instantáneamente a qué se debía tan extraño como horrendo fenómeno. El guardaespaldas había olvidado que se hallaba en una dimensión temporal completamente distinta a aquélla en que estaban la nave y sus tripulantes, una dimensión terriblemente más acelerada que la normal, y su cuerpo no había podido resistir el formidable impacto que para él había supuesto un sencillo choque contra la nave, como consecuencia de una caída que, en otras circunstancias, no hubiera pasado de ser un accidente vulgar y sin importancia.

Nadie, pues, a la vista de suceso tan espantoso, se atrevió a moverse en lo más mínimo. A pesar de que la inmóvil postura en que se hallaban era terriblemente fatigosa, todos permanecieron quietos en aquel lugar, esperando a quienes iban a recogerlos.

A Dag le pareció que transcurría una eternidad desde que situados dos de aquellos hombres a cada uno de sus costados, alargaban sus brazos pata tomarlo en ellos, hasta que se notó sostenido en el aire. Calculó que aquel simple gesto les había costado más de una hora, y aún tardaron dos más en penetrar en la nave. Entonces la escotilla se cerró y todo pareció volver a la normalidad.

Un hombre avanzó hacia ellos con paso tranquilo y mesurado. Vestía prendas con el rojo tono de los habitantes de Régulo y se inclinó profundamente ante Stylla.

—Señora —dijo respetuosamente—, permítame que me presente. Capitán Yorvos, enviado por la exarquía para ponerme a sus órdenes. ¿Puedo preguntarle por el estado de salud de su esposo?

El lindo semblante de Stylla se ensombreció.

—Mi esposo, Ornitb de Wrion, murió de senilidad en Helaseo, no hace mucho. Todos cuantos esfuerzos se han realizado por salvarle han sido inútiles, capitán Yorvos.

—Lo lamento —contestó el reguliano—. Lo lamento muy sinceramente, señora De Wrion. Sin embargo, he de decirle que, gracias a sus denodados esfuerzos, la conspiración que se había

fraguado contra la exarquía ha fracasado rotundamente.

—Me alegro de ello, capitán Yorvos, y sus noticias, en medio de todo, compensan en parte la pena que siento por la muerte de mi esposo.

—Aún tengo que darle más noticias, señora —dijo el capitán, al mismo tiempo que agitaba una mano. Los hombres vestidos con las escafandras de protección temporal habían desaparecido de allí y en su lugar surgieron dos más, escoltando a uno que miraba a todas partes con la expresión de una rata acorralada.

—Encontramos a este individuo con una valija repleta de billetes regulianos, señora De Wrion —dijo el capitán—. Interrogado convenientemente, dijo toda la verdad y gracias a ello acudimos a tiempo de salvaros.

Stylla frunció el ceño.

—Tenía un compinche, capitán Yorvos —dijo.

—Ha muerto, señora. Sufrió un golpe que le produjo una gran hemorragia interna. Era ya tarde para hacer nada por él y nos vimos obligados a lanzar su cadáver al espacio.

Stylla sonrió.

—Traill se portó fielmente —comentó. Acto seguido preguntó—: ¿Qué piensa usted hacer con este criminal, capitán?

—Lo consulté con la exarquía, enviando un mensaje subespacial. Las órdenes que recibí fueron de abandonarlo en Helaseo.

Stylla se estremeció. Pero no dijo nada. Yorvos, entonces, hizo un gesto y alguien manejó la escotilla. La entrada quedó abierta.

—¡Largo! —dijo el capitán dando un puntapié al solar, que rodó por la planchada.

Hunter se puso en pie, y entonces todos pudieron observar algo que parecía realmente increíble.

El solar se movía, pero sus movimientos no se podían percibir apenas a causa de la rapidez con que eran ejecutados. Dio media docena de pasos, retrocediendo instintivamente ante la amenaza de las pistolas regulianas, y pareció que había dado un salto cuya duración había sido inferior a una décima de segundo. Dag observó, estupefacto, que las piernas del solar, al moverse, no se podían ver, dada la rapidez con que se sucedían sus gestos en la diferente dimensión temporal de Helaseo. Hunter se lamentaba y abría y cerraba la boca rapidísimamente, al mismo tiempo que agitaba los

brazos con tanta velocidad como si fueran las alas de un moscardón. Pero sus gritos no podían ser entendidos, porque parecían un agudísimo subido que destrozaba los tímpanos.

La escotilla se cerró, pero a través de uno de los paneles transparentes pudieron ver aún unos instantes a Hunter. Éste, de pronto, dio media vuelta y echó a andar hacia el cobertizo que construyera Dag, y que se hallada a unos cincuenta metros de distancia. El joven sabía que Hunter se encaminaba hacia el con cansino paso, resignado a su suerte, pero el tiempo que tardó en llegar hasta la choza no pudo ser medido, debido a su increíble brevedad. Desapareció bajo la nave para reaparecer una centésima de segundo mas tarde junto al cobertizo, como si de un ente espectral se hubiera tratado.

Entonces, cuando todo parecía haber ya pasado, Yorvos miró a Stylla.

—Señora —dijo—, solamente aguardamos sus órdenes para partir de aquí.

La joven vaciló un segundo. Después dijo:

—Gracias, capitán. Pero antes de nada vamos a terminar con el enojoso asunto que causó la muerte a mi esposo. Murió uno de los traidores, el principal, el alma de la conspiración encaminada a apoderarse del poder de la exarquía, pero aún queda otro vivo. Y es preciso que éste sea castigado.

Todos los presentes miraron a Stylla terriblemente sorprendidos. La reguliana, sin inmutarse, continuó:

—Me refiero a Quorter de Salidyan, a quien uno de mis hombres ejecutó por su intentona. Quorter fue quien, en realidad, llevó todo el peso de la conspiración, movido únicamente por fines de lucro. Ornitb, mi esposo, vino a Ardion siguiendo una pista, pero el astuto Quorter lo apresó, abandonándolo a su suerte en Helaseo. Y todos pudimos ver claramente el horrible género de muerte que hubo de padecer. Pero aún queda viva una persona tan ambiciosa y tan culpable como él. Me refiero a su hermosa hija, Atheria.

La muchacha, directamente aludida, palideció terriblemente.

—¡Eso no es cierto! ¡Es una grosera calumnia! Gritó.

Stylla no le hizo el menor caso.

—Sabes demasiado que todo cuanto digo es rigurosamente cierto, Atheria. Estás aquí, ahora, como prisionera mía, y lo que yo

haga será aprobado por la exarquía. ¡Capitán Yorvos!

—Sí, señora.

—Esta mujer debe ser abandonada en Helaseo también.

Un agudísimo chillido se percibió apenas hubo concluido Stylla de hablar. Los ojos parecían salírsele de las órbitas a Atheria y por un instante pareció que iba a volverse loca.

Pero en el segundo siguiente reaccionó de manera imprevista. Chilló, babeante de ira:

—Me dejaréis en Helaseo, pero tú, maldita Stylla…

Al mismo tiempo que hablaba se había arrojado sobre uno de los regulianos, quien, sorprendido, no pudo evitar que la muchacha se apoderase de su pistola atómica. Atheria la empuñó y levantó el cañón.

Instintivamente, sin poder explicarse claramente las razones por las cuales ejecutaba aquel gesto, Dag cubrió con su cuerpo a Stylla. Mas Atheria no llegó a disparar.

Labo, el segundo de la «Circe», a su lado, golpeó duramente aquella muñeca armada, desviando el tiro. Y Atheria ya no tuvo ocasión de repetir su acción.

Uno de los guardias, aprovechándose de aquel ligerísimo respiro, había echado mano a su pistola. Disparó.

Dag contempló con honda pena la nauseabunda bola de humo en que se había convertido la hija de su amigo. Después inclino la cabeza, enormemente apesadumbrado.

* * *

Dag Kerus concluyó un trato, comprometiéndose a llevar un cargamento a Betelgeuze, alfa de Orión. Movió la palanquita y la imagen de su interlocutor se esfumó en la placa de vidrio del visófono.

Permaneció allí unos momentos inmóvil, fumando pensativamente, recordando en su imaginación todos los sucesos ocurridos unos meses antes, y en los cuales había tenido parte tan principal. Las imágenes de Quorter, Atheria y Stylla se aparecieron ante sus ojos y, en lo más íntimo de su corazón, lamentó que la codicia hubiera cambiado de modo tan trágico los sentimientos de sus amigos. Régulo, en efecto, era una presa codiciada, pero la

exarquía, pese a su aparente papel decorativo, no descuidaba por un momento su vigilancia. El ejemplo de lo sucedido serviría de escarmiento preventivo contra quienes, en lo sucesivo, pretendieran hacerse con el gobierno de un sistema tan rico.

De pronto le pareció que no estaba solo en su habitación. Alguien había entrado en ella. Levantó la cabeza y sus ojos se dilataron por el asombro al reconocer a Stylla.

Se puso en pie de un salto, tirando el cigarrillo.

—¡Tú!… ¡Usted… aquí!

El joven vio claramente la sonrisa de la mujer a través del velo rojo que solamente dejaba libres sus bellas pupilas. Stylla tenía en la mano un objeto que reconoció al instante.

—La misma, capitán Kerus —dijo—. He venido a pagarle a usted la deuda que contraje cuando hicimos nuestro trato.

—¿Qué deuda? —exclamó Dag, sin recordar por el momento. De pronto exclamó—: ¡Ah, ahora caigo! Pero fracasé, señora De Wrion; no pude…

—Usted hizo cuanto pudo y eso para mí es suficiente. Aquí tiene su recompensa, capitán.

Dag se sintió mareado al pensar en la enorme fortuna que había en la valija. ¡Ocho millones de régulos! La imagen de una vida reposada y regalada, libre ya de todo peligro, pasó por un instante por su imaginación.

Pero enseguida se rehízo y sacudió la cabeza.

—No —dijo con firmeza—. No tengo por costumbre aceptar el pago de una misión que no concluyo a satisfacción de mi cliente.

—Insisto en que lo tome, capitán —replicó Stylla, acercándose un par de pasos y depositando la pesada cartera sobre la mesa.

Sus verdosas pupilas brillaban de modo singular.

—He dicho que…

Stylla dejó caer el velo que ocultaba sus facciones. Sonrió, dejando ver la deslumbrante blancura de sus dientes.

—Lo tomarás, Dag —susurró, acercándose aún más—. Este dinero será tuyo…

—No —dijo él, terco.

Los cálidos brazos de Stylla se enroscaron flexiblemente en torno a su cuello.

—Tendrás ese dinero, Dag —murmuró, mareándolo con la

intensidad de su mirada—, porque me vas a tener a mí también.

—Stylla… yo… Mira, yo soy solamente un capitán de cosmonave que…

—«Eras» un capitán de cosmonave, Dag. A partir de ahora serás solamente mí esposo.

—Tengo contratos que cumplir y… Mañana mismo salgo para Betelgeuze…

Ella meneó la cabeza.

No. Sales para Régulo. Conmigo. ¿Lo entiendes?

Dag sonrió al fin.

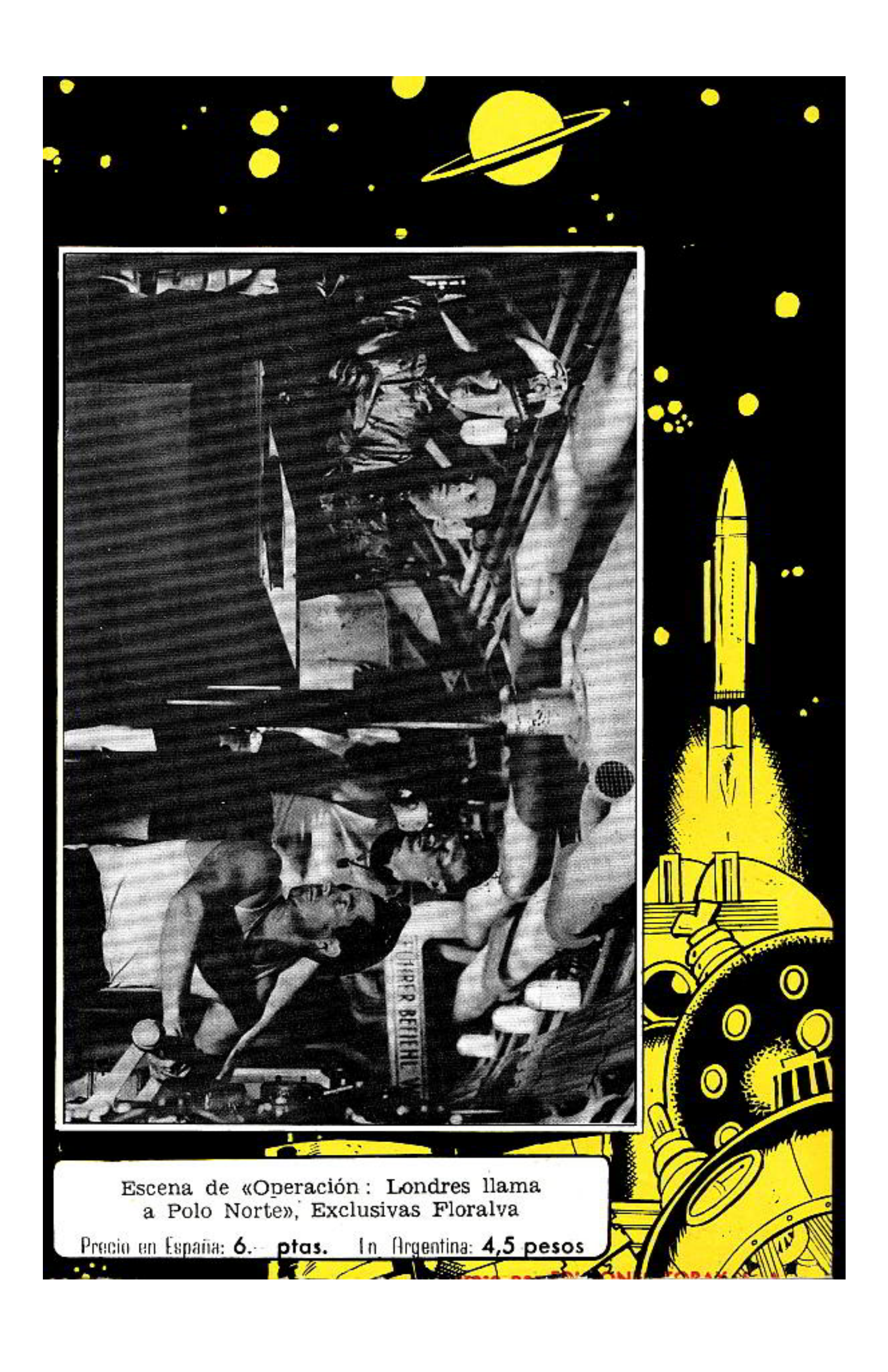
—Dime, Stylla, ¿serás tan mandona cuando nos hayamos casado?

—No, solamente hasta entonces. Después, nadie mandará en casa más que tú. Pero ahora mis órdenes son que lo dejes todo y te cases conmigo.

Las manos de Dag rodearon el esbelto talle de la joven.

—Es la orden más agradable que he recibido en mi vida —dijo, inclinando su rostro y uniendo sus labios a los de Stylla.





Escena de «Operación: Londres llama a Polo Norte», Exclusivas Floralva

Precio en España: **6.- ptas.** En Argentina: **4,5 pesos**



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena. Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas

condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.

Notas

[1] El término «tramp» se aplica en náutica al buque que no sigue una derrota fija, Sino que va y viene entre los distintos puertos, según los fletes que se le hagan. (N. del A.). < <

[2] El centauro Neso fue muerto por Hércules, pero antes de morir y para vengarse, entregó a Deyanira, la esposa de éste, su túnica ensangrentada, que poseía la virtud de abrasar a quien se lo ponía sin que nadie hubiera sido capaz de extinguir aquel fuego ni tampoco desprenderse de la prenda. Deyanira dio el manto a Hércules por celos, y así murió el héroe, que después fue trasladado por Júpiter al Olimpo, la morada de les dioses en la mitología griega. (N. del A.). <<